

# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,  
Número suelto 4 rs.

NUM. 246.—SÁBADO 12 DE NOVIEMBRE DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## ARIOSTO Y TASO.

Todos los que están un poco versados en la literatura italiana, saben las ruidosas conmoviciones sucedidas en el Parnaso italiano á la aparición del *Gofredo* que salió á disputar la primacía al *Furioso*, por él hasta entonces con tanta razón poseída. Sábese cuán inútilmente hicieron genir las prensas los Pellegrinis, Rossis, Salvatis, y otros cien campeones del uno y otro bando. El pacífico Horacio Ariosto, descendiente del ilustre poeta, se empeñó entonces en vano en poner de acuerdo á los combatientes, diciendo que los poemas de estos dos ingenios divinos eran de género tan diverso que no admitían comparación: que el Taso se había propuesto no abandonar jamás la sublimidad de la época (hablamos á los clásicos) y lo había portentosamente ejecutado: y que Ariosto había tratado y conseguido agradar á los lectores con la variedad de estilos, entreverando agradadamente el heroico con el festivo. Que el primero mostró de lo que es capaz la maestría en el arte; y el segundo, cuánto puede el libre proceder de la naturaleza: que el uno, no menos justamente que el otro, alcanzaban con razón los aplausos y admiración universal, llegando ambos á lo sumo de la poética gloria aunque por diferente camino y sin rivalidad alguna. Hizose también entonces aquella famosa distinción, mas brillante que sólida, de que el *Gofredo* es mejor poema, pero que Ariosto es mayor poeta. A pesar de todo, y después de tantos y tan empeñados choques literarios, la cuestión permanece aun indecisa, y no seré yo el que ahora *ex cathedra* trate de decidirla. Pero ya que mi timidez llegue á ese punto, referiré históricamente los efectos que me ha hecho sentir la lectura de estos insignes poetas.

El espectáculo que presenta la *Jerusalén* de una grande y sola acción, propuesta con lisura, conducida con maestría, y concluida perfectamente; la magia de un estilo siempre puro, sublime, sonoro y poderoso para revestir con su propia nobleza los objetos mas comunes y humildes; la verdad y consecuencia de los caracteres; todo esto no puede menos de interesar y deleitar sobremanera á los lectores del Taso: no puede menos de encubrir á sus ojos la lima demasiado manifiestamente empleada en sus versos, algunos conceptos inferiores á la elevación de su mente, y la superabundancia retórica en sus pensamientos amorosos.

Arrostrarán siempre en el Ariosto la variedad de tantos sucesos, que reproducen y enriquecen la acción, el colorido vigoroso con que compara y describe, la seductora evidencia con que narra y persuade, la fuerza portentosa de ingenio, que lejos de debilitarse, como sucede comunmente en todo prolongado trabajo, se aumenta en él admirablemente hasta el último verso. Falta de decencia alguna vez, descuidada lima, una que otra chocarrería indignas de un gran poeta, sobrada naturalidad en los pensamientos amorosos, hé ahí los lunares que no hermosean, por cierto, la belleza del Ariosto.

Pero todo esto, se dirá, no hace á nuestro propósito. Se quiere saber solamente á cuál de esos dos poemas se debe la preeminencia. He hecho ver desde un principio mi repugnancia á decidir sobre el caso, y solo he espuesto los sentimientos que despertaron en mi ánimo esos dos poetas. Pero si yo fuese poeta, y mi destino y mi talento me llevasen á escribir un poema, antes quisiera para ello la lira de Ariosto que la de Taso.

No soy de la opinion de aquellos que han ensalzado al *Orlando Furioso*, no solo sobre *Gofredo*, sino hasta sobre la *Odisea*; pero es cierto que culpable Ariosto de los vuelos de una ardentísima imaginación, ha sabido templarlos con la verdad de las alegorías, con finisimas sales, con el conocimiento profundo del corazón humano, y con las gracias todas del arte cómica. Los inteligentes admirarán siempre en el *Orlando* la facilidad con que su autor pasa de lo festivo á lo serio y sublime, y de lo apacible á lo hórrido y tremendo: apenas se concibe cómo sin ser interrumpido ni un instante en las delicias que experimentan todas las facultades intelectuales, pueda el lector, encantado con voluptuosas pinturas, hallarse arrebatado de repente por aquellas pinceladas divinas, que deben llenar su alma de terror. El número y diversidad de los héroes del *Orlando*, la multiplicidad increíble de las ideas, sentimientos y pasiones que escita, la poca verisimilitud de varios incidentes, aunque bellisimos, la cantidad de los episodios, que parecen estraños á su argumento, formarían una crítica sin réplica, si estos errores no los hu-

biese cambiado en bellezas el inimitable cantor con arte maravilloso. Ariosto posee como nadie aquella ciencia encantadora, con la que, en la misma variedad, en las digresiones, y por decirlo así, en los errores de su imaginación, no solo deleita, sino constantemente arrebató á sus lectores.

Estas son las causas de mi especie de preferencia al Ariosto. Además, la fecundidad y lozanía de su imaginación, encantada siempre y encantadora, debe subyugar, con preferencia al Taso, el sentido español, que tanto convenia con poetas de ese temple. Y aun por eso, que en nuestros épicos, y en todos ellos sin duda, se hallan mas versos, mas incidentes, mas cosas, que nos recuerdan cierta imitación del *Furioso*: mientras que no se le ve ninguna semejanza con el *Gofredo*.

El ilustre Valbuena, por ejemplo, no solo se le asemeja con sus artificios en lo principal de la acción de su poema, mas aun en sus episodios ó digresiones. No hay fábula en él que antes de mostrar su fin no ponga al lector en las manos



El duque de Choiseul.

los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare. ¿No hace lo mismo Ariosto?

Nuestro Valbuena, como Ariosto, refiere ingeniosamente los casos maravillosos por tercera persona. Con este arte deja todo lo admirable, y al autor no fuera de lo verosímil. Porque si no lo es que Gravinia se convirtiese en árbol y Estordian en gusano de sedas, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oían. De este modo tejí mejor las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas.

No menos que en Valbuena encuéntranse en Ercilla, y desde la primera octava, recuerdos del *Furioso*.

Ni podía ser menos, pues que la imaginación y el brio de nuestros poetas, que no empecen á su profundidad y filosofía, se adaptan mas al género del Ariosto. Este poeta tiene además el mérito singularísimo de describir con mucha propiedad de vocablos las usanzas caballerescas, sin que este mérito le abandone jamás en todo su poema. Las palabras *palafren*, *destruire* y otras mil demostrarían esta, si fuese propia de este lugar semejante cuestión filológica. El tino de nuestros poetas antiguos no desconció este mérito del poeta italiano: estudiaronle por lo mismo con ahinco, como lo demuestran las varias traducciones españolas hechas desde el siglo XVI, las felices imitaciones que se encuentran en el *Tesoro de varias poesías de Padilla* y en otros libros nuestros. Y ahora mas que nunca parece necesario el estudio entre nosotros de un poeta romántico y caballeresco en alto grado, que tan bien sabe escitar el terror y la compasión en las narraciones trágicas y lastimosas, y que en todo el tejido de sus mágicos cantos muestra una erudición y un saber profundos en cuanto pertenece á los usos caballerescos y á los hábitos de la edad media. No hay una voz, repetimos, que no pruebe y pueda demostrar nuestro ventajoso aserto respecto del Ariosto. Su poema pues debe ser el diccionario enciclopédico de nuestros románticos, y el asunto de una parte de sus meditaciones predilectas. Y si á este estudio se añade el del *Orlando de Boyardo*, reformado por Berni, resaltará mas el mérito de su continuador el Ariosto.

Las espresiones de este poeta, y cien veces debiera repetirle, no están puestas al acaso, ni elegidas por un risible capricho: su romanticismo es siempre de buena raza, ya en la erudición, ya en el arte de conmover los afectos: ni estriba solo en el uso de ciertas palabras tétricas, lúgubres, dolorosas, que ahora hace ridiculas la profusión con que se prodigan.

Ariosto era estudiado ya y tenido por un gran poeta entre nosotros, cuando se tuvo en alto aprecio por todas partes el saber español, y cuando nuestros mayores se entregaban á los severos y graves estudios.

Pero de este vacío que hay en nuestra patria, de este fastidio de logomaquias, de un cierto deseo de cosas útiles y verdaderas, hay todavía muestras en ella; y las da en ese desprecio que hace de todo escrito vacío de doctrina y desnudo de ciencia, que aspira á deleitarla con la vana pompa de los adornos; mientras ella pide á voces en sus poesías y prosas alguna cosa mas que deleite, y se vuelve en lo posible á las ciencias físicas y morales, tanto de hecho como de razonamiento, para participar de sus inmensos progresos.

Esta inclinación general, conocida ya de hoy mas por todos aquellos que estudian el adelanto moral de los pueblos, debería servir de norma á los escritores de nuestra edad para dirigir y reunir sus diversas opiniones hácia un noble y grande fin. Sirvanos de ejemplo esa misma Italia, la patria del Ariosto, que después de cinco siglos de incertidumbre, ha vuelto á los estudios sobre Dante, ahora que una crítica filosofía comienza á alumbrar con la luz de la filología aquellas tinieblas que ofuscaron desde su nacimiento el divino poema. Y valga la verdad; los mismos coetáneos del gran poeta, interpretándole con su dialecto, no le entendieron, sino que equivocaron su generosa y sublime índole, con el empeño que tuvieron en aplicar á estrañas y desusadas significaciones aquellas voces que él tomaba de las fuentes primitivas de todas las lenguas romanzadas. Si el lector no tira al suelo sin leerlos estos mal razonados artículos, yo me estenderé otra vez al hablar de nuestros poetas anteriores al siglo XV sobre este materia interesante. Ahora debo dejar esta pesada digresión.

El Ariosto finalmente, y por lo que llevo dicho, tiene el mérito para nosotros sobre el Taso, de sernos un libro mas útil y por consiguiente mas interesante. El gusto lamido de los clásicos nos dijo, como ya se ha visto, que el *Gofredo* era mejor poema, y que Ariosto era mayor poeta; pero la depurada crítica dirá ciertamente que el mayor poeta es siempre el mejor y el que mejores poemas puede cantar. La buena lógica vale mas que un dicho brillante.

Mas no quiero, continuando, quitar al lector un tiempo que con mas utilidad y deleite empleará en recorrer el poema del *Furioso*, donde hallará la razon de haber acabado yo este artículo; porque

*Par che tutti s'allegriano ch'io sia  
Venuto á fin di così lunga via.*

## EL DUQUE DE CHOISEUL.

El duque de Choiseul, cuyo retrato acompaña á estas líneas, fué tal vez el único hombre de su tiempo que, con ánimo sereno y con una firmeza sostenida por el sentimiento del deber, hizo frente á las intrusiones de ilegítimas influencias en el gobierno de Francia. Ministro de Luis XV, y protector de la mujer que se presentó á él llamándose Mad. Vauvarnier, se declaró su enemigo irreconciliable, desde el momento en que aquella mujer se convirtió en favorita del monarca con el nombre, célebre en la historia, de Mad. Dubarry.

Esta dama, cuyas aventuras escandalizaron á la corte, no podía avenirse con el carácter austero, recto, probo y económico del primer ministro. Se exigían grandes sumas para despilfarros, que el duque de Choiseul se negaba á autorizar; y aunque la opinión pública ensalzaba su administración, debía quedar sacrificado por las intrigas cortesanas.

Algo costó no obstante derribar al duque, porque se habían hecho sentir mucho los beneficios de su gobierno, y su nombre era muy popular en Francia; pero Luis XV, que le estimaba en mucho, Luis XV, que no podía vivir sin él, nada podía negar tampoco á la hermosa Dubarry. Triunfó el amor de la política, y el primer ministro fué separado de la dirección de los negocios, dejando todos los ramos de la administración en el mas brillante estado.

En su destierro de la corte (pues tal fué el premio que obtuvo por sus grandes servicios) escribió unas *Memorias*, que constituyen la mas imparcial y luminosa crónica del reinado de Luis XV. En elogio de este libro podemos decir, que no disimula los defectos de sus amigos, que se retrata á sí propio con severidad, y que solo habla de sus contrarios lo puramente indispensable para la debida apreciación de los acontecimientos que relata.

Fué tan noble, tan desinteresado y compasivo en la desgracia como en la prosperidad, y se negó constantemente á las vivas instancias que se le hicieron muchas veces para que recobrase el poder.

## SOBRE LA PUBLICACION DE LOS CARTULARIOS.

Hay ciertos ramos en la erudición y en las ciencias, cuya importancia es notoria, incontestable, aunque por lo comun se desconozca la razon del respeto que inspiran. Este parece ser en ciertos casos un homenaje de confianza que tributamos á jueces competentes. Tales son respecto á los estudios históricos los antiguos *Cartularios*: aquellos viejos monumentos de nuestra historia, que con tanta consideración citan los autores mas graves y mas exactos, deben por lo mismo parecer mas preciosos á los ojos de todo hombre sensato; pero el que conoce todo su valor, es el que se ha dedicado á la confección de alguna obra histórica. Si el pensamiento que ha concebido Mr. Guizot de publicar una coleccion completa de los principales documentos de esta especie, recibe, como creemos, una aprobacion unánime, no será inoportuno demostrar la justicia de esta aprobacion, y que de todos los monumentos históricos que se conservan inéditos, los *Cartularios* son los mas dignos de ver la luz pública.

Estos documentos, aunque no han sido impresos con suficiente estension, han adquirido una especie de publicidad por el uso fecundo y los diferentes extractos que han hecho de ellos los benedictinos de los dos últimos siglos. Pero los sabios religiosos no conocían la necesidad de su publicacion: estos tesoros les pertenecían, y á beneficio de la organizacion armoniosa de su orden, aquellos miembros que se distinguían por su erudición, tenían la facilidad de recurrir á los numerosos manuales que les presentaban las magníficas bibliotecas que tenían á su disposición en toda la superficie de la Francia. Invitados por sus superiores, todos concurrían á porfia con extractos, con investigaciones, con compulsas y con colecciones de manuscritos á la formacion de esos grandes monumentos literarios que se levantaban en aquellos tiempos, cuyo esplendor se aumenta con los años, y que llevan casi todos en el frontispicio esta modesta inscripcion: *Por unos religiosos benedictinos de la congregacion de San Mauro*. Así la piedad, unida á la ciencia, había suscitado un móvil que no pudo prever Ciceron cuando decía: «A todos nos mueve el deseo del elogio. Los mismos filósofos, al componer sus libros sobre el desprecio de la gloria, inscriben sus nombres al frente de los tratados, y precisamente aquellas mismas obras que tienen por objeto inculcar el desprecio de la celebridad, son un medio de que ellos se valen para adquirirla.» (1)

En el caso de que hablamos sucedía todo lo contrario; al reunir los anales de la gloria (que es el principal carácter de la historia) una bien entendida modestia hacia guardar el anónimo á aquellos piadosos sábios. Y en cuanto á las demas obras que llevaban el nombre de sus autores, la mayor parte de ellos oráculos de erudición, era tal la reputacion de sus nombres en el mundo sabio, que el anónimo se hubiera reputado en ellos como la ficción de una orgullosa humildad.

Pero de todos los libros manuscritos que los miembros de aquella orden podían compulsar para escribir la verdadera historia, tal como ellos la habían concebido, ningunos eran de un uso mas estenso y mas cómodo al mismo tiempo que los antiguos *Cartularios*. Estos eran tambien los títulos de propiedad y de nobleza de su antigua asociacion. El interés de una buena administracion y la adhesión á su orden convertían á aquellos viejos repertorios en otros tantos manuales que los religiosos consultaban con placer mucho antes de que las comunidades hubiesen acometido sus grandes empresas literarias, no pudiendo estas ver sin una especie de satisfaccion el esplendor con que brillaba en toda la cristiandad la familia eclesiástica de San Benito desde el tiempo de la segunda raza de los reyes franceses. Una vez dado el impulso al estudio profundo de aquella historia por Ducange y por Mabillon, que abrieron á las investigaciones de la ciencia el dominio de la edad media como en el siglo anterior Ludé, Erasmo y los Estienne le habían abierto el de la antigüedad,

(1) Pro Archia Poeta.

debieron considerarse bajo un punto de vista enteramente nuevo aquellos *Cartularios* que tan familiares eran á los religiosos, haciéndose principal para el sabio lo que para el propietario no había sido mas que accesorio.

En los siglos XI y XII eran elegidos para desempeñar las funciones de *notarii* y de *cancellarii*, monges de corta instrucción, que pasaban por literatos entre los demás, á causa tal vez de su habilidad en la caligrafía en una época en que el arte de escribir casi había caído en desuso. Sus doctos sucesores del siglo XVII notaron fácilmente que aquellos humildes copistas, en los archivos de sus conventos, habían conservado los de la historia. En ellos es donde en efecto se encuentran todos los títulos de aquellas épocas. La nobleza que no sabía escribir, ¿cómo podía separar sus anales de los del clero, cuando no registraba otros hechos que los que constituían sus relaciones con aquel? En cuanto al *estado llano* no se pueden tomar sus anales de tan alto, á no ser que quieran violentarse los hechos estableciendo el sistema de entresacarlos, lo cual destruiría del todo la verdad. Aunque la palabra *crear* está ciertamente muy en boga, no creemos nosotros que se pueda *crear* lo pasado; y no está en manos del historiador el que los hechos dejen de enlazarse unos con otros; pero al examinar en conjunto, yo no encuentro en el corazón de la edad media mas que dos principios sobre la escena social; LA IGLESIA y el FEUDALISMO. La monarquía misma, ascendiendo por grados, y con la perseverancia de muchos siglos, á la independencia y al poder supremo, no podía subsistir en aquel tiempo sino apoyada en estos dos principios, representados fielmente por el derecho hereditario y el derecho divino. Hugo Capeto, soberano de sus pares por elección, y ungido del Señor por la consagración, había transmitido este doble título á sus sucesores; y este doble título correspondía á las dos instituciones que ejercían en aquel tiempo una verdadera acción sobre la sociedad: el clero y la nobleza. Durante el trascurso de tres siglos, si se exceptúa algun otro caso, que no hace mas que confirmar la regla, por mas paradojas elocuentes que las hayan exagerado en demasía, todo el resto de la nacion era pasivo. Los sacerdotes, los nobles y el rey; estos eran en el órden de importancia los únicos centros de acción pública. Verdad es que en el camino que conduce á las altas dignidades eclesiásticas estaba abierto á algunos genios trascendentales, á algunos talentos distinguidos, aunque no hubiesen nacido en el trono ni en la nobleza, y que hombres como el Papa Silvestre II (1) y el abate Suger encontraban un teatro digno de su genio.

Como única carrera abierta en todos tiempos á almas que la Providencia parece que ha formado de un elemento superior y dominante, la Iglesia conserva todavía en la historia de la edad media la supremacía en que la colocaban, bajo otro concepto, las costumbres religiosas, y aun las supersticiones de aquella época. Las cartas de donaciones son entre todos los manuales el que mas ha enriquecido con títulos legítimos á la historia. No encontramos en la vasta *coleccion de las ordenanzas de los reyes de Francia*, en 19 volúmenes en folio, sino una sola carta de Enrique I que es la que está colocada al principio de la obra, al paso que hallamos muchas del mismo príncipe en el único *Cartulario* de la Abadía de Saint-Père des Chartres. Este precioso volumen contiene tambien documentos irrefragables respecto á muchas familias nobles, algunas de las cuales subsisten todavía, y á cuyo frente ha colocado la gloria á la casa de Montmorency; documentos de que se han valido no solamente los autores de la *Galia Cristiana*, sino Du-Cange, el *Arte de comprobar las fechas* y las obras de cronología y de genealogía mas apreciables. Los documentos que tienen este origen serian siempre de los mas puros quilates á los ojos de la historia; y por extraños que aparezcan, toda vez que no salgan del órden natural, deben ser admitidos en el número de los hechos mas auténticos. Esta es la razon por qué la autoridad del *Cartulario de la iglesia metropolitana de Auch*, y de un diploma religioso del principio de la segunda raza, célebre bajo el título de *Alahon*, merecerá de todos los eruditos una confianza, que no podrá borrar la chistosa de Luis XVIII, y les hará admitir sin escrúpulo uno de los hechos genealógicos mas singulares, que prueba que la familia de Mont'esquieu desciende directamente de Clovis (2).

La grande autoridad de los antiguos *Cartularios* originales está fundada en el carácter legal, que les daba siempre validez en los juicios, suponiéndolos revestidos de las formas que se exigían en aquel tiempo. Esta clase de documentos lleva en sí misma el medio de hacer constar su auténtica fé; pues la escritura trazada en su pergamino presenta á los ojos ejercitados del paleógrafo el certificado, digámoslo así, de su edad. Tengo en este momento á la vista el *Cartulario* de la Abadía de Saint-Père de Chartres, de que llevo hecha mencion: este documento es contemporáneo de los hechos que nos ha conservado, es decir, del undécimo siglo.

Al hojear este respetable volumen, me represento todos los personajes eminentes por su piedad, por su dignidad y por

(1) Se sabe que este Papa fué un pobre auverniense, llamado Gerbert. Fué tal el asombro que causaron sus conocimientos superiores, en el siglo X, que le tuvieron por mágico. A él se debe, entre otras, la invencion del reloj de volante, que estuvo en uso hasta el tiempo de Luis XIV, en que fué sustituido por el de péndola.

El abate Suger, tan digno depositario de la autoridad real, y tan poderoso que mantenía ejercitos enteros á sus expensas, se complacía en recordar su humilde cuna.

*Plebe humil... pauperem de stercore*. No hablamos de San Bernardo, porque era de una familia noble; pero los dos ejemplos alegados son suficientes para probar que aquel grande hombre no hubiera ejercido menos influencia sobre su siglo, aun cuando hubiera tenido su origen en la última clase de la sociedad.

(2) Con motivo de ciertas reclamaciones que se suscitaron acerca de algunos honores concedidos por la corte á un miembro de esta familia, se practicaron á fines del siglo último investigaciones genealógicas, que condujeron al descubrimiento de este enlace. Su autenticidad la demostró una comision compuesta de genealogistas de Francia, de tres benedictinos, y de tres miembros de la Academia de Inscripciones y de Bellas Letras. Como el anuncio de un hecho tan singular había llamado la atención de la corte, dijo el conde de Provenza: «Si los Montesquieu ganan el pleito, será menester que les cedamos la corona.» Ocurrencia que se cita entre otras de aquel chistoso príncipe; y como esto es mas fácil de retener que el árbol genealógico de los señores de Fezenac, muchos se han apoyado en aquel dicho para tratar de un modo frívolo una asercion muy seria de la ciencia.

su ciencia que le han consultado curiosamente por espacio de ocho siglos buscando en él, quién la confirmacion de un privilegio ó de un censo, cuál la prueba del esplendor antiguo de una familia, este el derecho de uno de sus abuelos á los sufragios de los monjes, aquel luces para la historia, y el auxilio de aquellas digresiones sobre los sucesos contemporáneos con que el monje redactor amenizaba la sequedad de sus actos.

La aridez que parece inseparable de este género de escritos, cuando se juzga de ellos por la monótona uniformidad del estilo que se practica actualmente, estaba animada las mas veces por consideraciones accesibles á movimientos variados, y que naturalmente se derivan del objeto y de los motivos de las cartas de donacion; pecados cometidos; esperanza de su remision, etc. De aquí aquellos exordios, aquellas reflexiones piadosas sobre el mérito de la penitencia, sobre los ingotables tesoros de la misericordia divina, sobre la eficacia de la limosna, en que las citas de la Escritura, sus paráfrasis y su aplicacion estan variadas hasta lo infinito, de manera que al paso que en el día todos los actos notariados tienen el mismo encabezamiento, apenas encontraríamos en las cartas del siglo X y del XI dos introducciones que sean perfectamente semejantes. En esto únicamente era en lo que se conservaba algun estilo y elevacion de pensamientos en aquella época de ignorancia y de barbarie. Quizá los monjes se valían como de un medio de piadosa seducción, de la elocucion pomposa y de las graves sentencias de aquellos exordios. Lo que da fundamento para suponerlo así, es que en proporcion de que la donacion era mas cuantiosa ó el dador de clases mas eminentes, mayor era el lujo y las galas de la elocucion. Pero esta se convertía en rayos y en anatemas contra los enemigos del monasterio; las fórmulas de inectivas que emplea la Escritura y los hombres que ella designa como odiosos, Datan y Abiron, los hijos de Behial-Ananias y Saphiro, la raza del diablo... los aplicaban á aquellos malhadados adversarios, y nada podía contener la rabiosa saña del espíritu monástico. Cuanto mas elevado era por su rango el individuo que había incurrido en el desagrado de los cenobitas, mayor era la violencia con que le atacaban. Así, el monje Pablo, redactor del *Cartulario* de que hablamos, y uno de los hombres mas instruidos de su época, nos pinta con los rasgos de la mas profunda sátira la inconsecuencia y la glotonería de un obispo de Chartres, enemigo declarado de los monjes, y que, tan intolerante para los demás como indulgente consigo mismo, obligaba tiránicamente á aquellos religiosos á la austeridad de un ayuno severo, mientras que las producciones variadas de los mas remotos países apenas eran bastantes para satisfacer su insaciable glotonería.

Es facil notar á vista de estas observaciones que no es en estos documentos donde debe buscarse el aspecto de la religion en su pureza evangélica. En sus ministros, así como en todos los hombres no poderosos, hallan otra cosa que las pasiones de la humanidad. Y si estas pasiones se han de manifestar en alguna parte, será sin contradiccion en aquellas transacciones que representan principalmente los intereses del dinero y de la prosperidad material. No olvidemos que este era el objeto esencial de un *Cartulario*. Al recibir las donaciones que les hacían, al otorgar sus cartas pueblas, al estipular obligaciones recíprocas con sus vecinos, los monjes negociaban y procedían en estos actos con el espíritu propio de los negocios, que no es á la verdad el mas caritativo. Solamente los hábitos de su vida y de su carácter, unidos tal vez á algunos pensamientos de cálculo, mudaban en su estilo aquel misticismo religioso, que va acompañado de una extrema precision de detalles para su garantía y seguridad; de donde resulta casi siempre un contraste muy singular entre lo positivo del acto, y la facundia de su sentenciosa y solemne introduccion.

Abundan los *Cartularios* en nociones precisas sobre el estado de las personas, sus nombres y los de los lugares, el valor del dinero y de las mercaderías, la variedad de usos, y los grados del feudalismo, las relaciones del poder temporal con el eclesiástico, de los monjes con sus abades, con sus vasallos y con sus obispos, sobre las mil formas que había de estipulaciones, de concesiones y de contratos de diferentes títulos, sobre los derechos y servicios exigibles á trabajadores ó villanos, segun la costumbre local, etc. Pero además de estos materiales históricos, que es preciso saber extraer y utilizar, el *Cartulario* de Pablo el monje contiene una relacion de los primeros tiempos de su monasterio hasta un obispo de Chartres, llamado *Aganon*, que vivía á principios del siglo X, y que presentado por el autor como el primer bienhechor de los conventos, ha debido á ese homenaje la gloria de dar su nombre á este libro útil, y citado con tanta frecuencia.

Desde el episcopado de este *Aganon* y de su sucesor Rainfroid, principia la série de cartas, por el órden de los abades, en cuyo tiempo fueron otorgadas ó recibidas; pero aun estos actos estan mezclados con narraciones que son fragmentos muy útiles para la historia. Todas llevan el sello de una humildad que los monjes nunca dejaban de aparentar; pero que en este caso parece haber sido muy natural en nuestro autor; para escusarse de sus digresiones dice siempre: *calor dicendi me compulsit digresionem facere*, etc. Al ver el cuidado que pone en consignar en su *Cartulario* todo lo que sabe de los sucesos contemporáneos, parece que aquella especie de culto de la historia designa ya en el monje del siglo XI un precursor de nuestros doctos benedictinos de los dos últimos siglos.

La abadía de que era canceller el monje Pablo, tenía por patron á San Pedro (Saint Pierre), cuyo nombre se pronunciaba otras veces *Pere* ó *Perre*, como nos lo prueban la conservacion tradicional de aquella antigua forma en la denominacion de muchos monasterios bajo aquella misma invocacion, y todos los nombres propios, diminutivos del príncipe de los apóstoles, los nombres propios con sus formas menos variables que los de las otras palabras, quedan muchas veces entre nosotros como medallas de los tiempos pasados.

Encargado por el gobierno, con M. B. Guérard, del instituto, de publicar el *Cartulario* de la abadía de San Pedro que es tenido, así como el de San Bertin, por el mas rico en documentos históricos, me encuentro tal vez mas que otros muchos en disposicion de contestar á la siguiente pregunta que se repite con frecuencia: «¿en qué consiste la importancia de un *Cartulario*, y la utilidad de su publicacion?» Si este artículo ha servido para contestar á esa pregunta por medio de algunas nociones instructivas, creo que no lo desaprobaban

aquellos sugetos ilustrados que emplean la influencia del poder y la autoridad de su opinion en propagar y hacer populares entre nosotros el estudio y el gusto de la literatura nacional. Facilitar á los hombres estudiosos que la cultivan en nuestros dias estos manantiales auténticos, que la organizacion de su corporacion hacia accesible por otro medio á los sabios benedictinos, es el objeto de esta publicacion, que ya se ha principiado á imprimir. Ella es además, como toda publicacion tipográfica, una garantía contra la destruccion de un original único. Estos monumentos, colocados así fuera de peligro, podrán servir de objeto á muchas consideraciones, y presentar puntos de vista que no examinaron los benedictinos. Nosotros tratamos de continuar su obra.

Para conocer á fondo la historia, y sacar de ella un espíritu de equidad que aprecie exactamente los hombres y los tiempos, penetrando en cada época la profundidad de la sociedad desde el fondo hasta la superficie, será menester ir á instruirse á las fuentes particulares para formar de este modo las únicas consideraciones generales que pueden no ser aventuradas. Quizá venga un dia en que esos materiales esten bastantemente preparados y coordinados, para que un talento vasto, procediendo sistemáticamente, emprenda un resumen sustancial de ellos, y componga con estos elementos heterogéneos, en proporciones reducidas, una obra de conjunto y de verdad, que con razon pueda llevar el título de *historia de Francia* (1).

B. DE X.

## UNA MUJER.

(Conclusion.)

—Quisiera verte en mi lugar; á buen seguro que tuvieses la paciencia que yo.

—Vas despertando mi curiosidad. Hombre, cuéntame esa novela; puede que me sirva andando el tiempo para escribir un folletín de periódico; y quién sabe si hasta para ingerirlo en algun drama.

—Pues es muy sencilla mi novela. Pero para hacer un drama necesitábamos un desenlace propio para el caso, y yo te juro que no lo habrá.

—Hace ya como unos cinco años que conocí en una tertulia á esa mujer, recién casada entonces. Su marido, hombre entrado en edad, se habia casado por amor; pero ella, en su enlace, no hizo mas que obedecer á la necesidad; porque era pobre, y vivía con una tia, única parienta suya, cuya vejez con su labor sostenia. En aquel tiempo era una divinidad esa mujer, y aun ahora mismo conserva preciosos restos de su hermosura. Tenia además talento, regular imaginacion, un alma ardiente, en fin, todo cuanto puede adornar la belleza de una niña como ella. Conquista era en efecto para lisonjear mi vanidad; y así fué que la emprendí con ardimiento, aunque, con vergüenza lo digo, jamás se interesó por ella mi corazon, ni sentía á su lado otra cosa que deseos de poseerla. Tras una heroica defensa, fui al fin dichoso... por mi desgracia! y desde aquel momento, abandonada enteramente á su pasion, no me dejó ya un minuto de reposo, sin que la contuviese apenas el miramiento de su reputacion, ni la celosa vigilancia de su marido. Nuevas imprudencias cada dia repetidas, me hacian al cabo maldecir de unas relaciones que tanto me atormentaban, cuando muriéndose el marido nos dejó á nuestras anchuras. Pero en vez de suerte, fué para mí una fatalidad, porque se puso de por medio otro nuevo y verdadero amor. Juzga tú cuál seria mi situacion. Por un lado me obsediaba esa mujer libre del todo con la muerte de su esposo, y por otro me veia arrastrado irresistiblemente hacia mi nueva pasion, que todavía ahora me tiene ciego. Las primeras muestras de mi frialdad despertaron sus celos, y estallando con violencia su furor, me dió lugar á que rompiese con ella.

Juzgábase ya fuera de compromiso, cuando al poco tiempo pasó á mi casa su tia, rogándome con lágrimas en los ojos que fuese á ver á su sobrina, la cual estaba agonizando. Encontréla efectivamente presa del mas atroz delirio, y mi presencia la sosegó algun tanto; de suerte que por compasion continué visitándola muchos dias, sentado á la cabecera de su cama. Salí por fin de peligro, pero perdió en cambio la razon, y tan impetuoso cual era antes su carácter, pasó á una dulzura angelical. Jamás oia de su boca una sola queja, ni la mas ligera reconvencion, y hasta parecia haber olvidado enteramente su amor, á pesar de que era su idea fija. Lo que solo exigia de mí era que pasase á verla todos los dias; y si tal vez dejaba de hacerlo, agobiábase con cartas y recados. Fastidiado ya con razon entonces, me resolví á romper tan insoportable cadena, y por segunda vez dejé de visitarla.

Aquí empieza otra persecucion que amarga todos los instantes de mi vida. Impulsada por un pensamiento infernal de amor ó de venganza, porque no sé qué nombre darle, hace cuatro años que esa mujer es mi sombra. Por la mañana, al salir de mi casa, pegadita la hallo todos los dias á mi puerta; y en la oficina y en la calle y en los paseos y en todas partes, siempre con ese vestido verde, su sombrero y su velo como la acabas de ver. Si como fuera de casa, estoy seguro que estando á la mesa ha de venir un criado á decirme: «Abajo estanda una señora que desea hablar con Vd.» y es menester que baje, si no quiero pasar por descortés entre los hombres ó hacerme lapidar por las señoras. La hora, el sitio, la estacion, nada la hace mella, y eternamente tengo á mi lado ese fantasma verde, cuya sola vista me enfurece y hace que me dé á todos los diablos. Para librarme de ella, no hay cosa que no haya yo probado; súplicas, amenazas, malos tratos; pero es machacar en hierro frio, y lo poco que vivo es cuando alguna grave enfermedad no la permite salir de su casa. Poco menos de un mes hacia ahora que la maldita me dejaba en paz; pero ya la tenemos de nuevo en campaña, y vuelve á empezar mi eterno suplicio. Créeme que solo la muerte de uno de los dos puede poner fin á tan desesperada agonía.

—Te compadezco en el alma, pobre Carlos, le respondí; á pesar de que en tí veo al criminal, y á su conciencia persiguiéndole tenazmente por do quiera. Fortuna que no han pensado en semejante venganza todas las hermosas abandonadas: que

si no, largo fuera el séquito que llevarias en pos de tí. Pero ánimo, amigo, que las mujeres tienen buen fondo, por mas que nos empeñemos en hacerlas malas; y por cierto que seriamos muy desgraciados, si el bello sexo fuera mas constante en su aborrecimiento que en su amor. No hayas cuidado, que hablaré á tu sombra, y por loca que sea, yo la haré entrar en razon.

Y no obstante me engañaba en mis esperanzas; porque muchas veces, al hallar á aquella singular mujer en su acostumbrado sitio, trataba de convencerla de su estravagante conducta, con la cual exasperaba mas y mas al objeto de su cariño; y lejos de atraer á Carlos con tanto perseguirlo, no hacia otra cosa que llamar su aborrecimiento y desprecio. Pero, cual si hablara á un muerto, escuchábame silenciosa; y luego, sin dar á conocer siquiera que me hubiese oido, respondíame con ademan de súplica: «Por Dios, diga V. á Carlos que vaya á verme. Jamás pude arrancarla otras palabras.»

Estabamos entonces á principios de invierno, y durante toda aquella estacion, que por cierto fué muy recia, sin faltar un solo dia vino á sentarse en el banco de piedra, esperando que saliese Carlos, y seguiale detrás hasta que la prometia pasar á verla. Los vecinos, que la designaban bajo el nombre de *la de lo verde*, se asombraron en un principio de su perseverancia, aunque conocieron al cabo su demencia; y á unos les daba lástima y á otros risa; pero inalterable é insensible ella á cuanto pasaba en rededor suyo, no habia fuerza humana que la hiciese cambiar de conducta, ni dejar su banco. Insultábala el portero de la oficina, hombre brutal; y á veces ya no se contentaba con groseros insultos de lengua, porque me acuerdo haberle visto un dia enfurruñado armarse de su escoba. Alzóse á esto la infeliz temblando y diciendo al portero: «Por Dios, no me lastime V., que yo no le hago daño alguno;» y se fué á esperar de pié en la pared de en frente, fijos sus ojos en los balcones de la oficina que daban á la calle. Allí se quedó á pesar de un fuerte chubasco que caia, hasta que al fin salimos.

Fuérame imposible ahora espresar los sentimientos de interés y compasion que me inspiraba aquella desventurada criatura. Paréceme aun verla sentada al lado de la puerta, cubierta de nieve é inmóvil como una estatua de mármol sobre un sepulcro.

Mil veces aconsejaba yo á Carlos que pasase á verla para tranquilizarla; pero lo hacia, y no por eso estaba ella menos importuna; de suerte que tenia razon mi amigo en decir que solo la muerte podia poner fin á su suplicio.

Creí una vez que al cabo habia llegado este término, porque trascurrió mas de un mes sin que pareciera, y era natural que un cuerpo tan frágil, desgastado por su enfermedad, hubiese sucumbido al rigor de la estacion. A pesar de su buen corazon, alegrábase Carlos de verse libre de tan eterno roedor, y yo mismo confieso que en la muerte de aquella mujer veia al menos el fin de un continuo dolor sin esperanza alguna. Volvió pues á reinar buen humor entre nosotros, y las diversiones del Carnaval habian acabado de borrar la imagen de la infeliz.

Estuvimos convidados en uno de aquellos dias Carlos y yo á comida y baile en casa de cierto amigo, y se pasó alegremente el tiempo en francachela hasta las tres de la mañana, hora en que salimos con la risa aun en los labios, y con el fuego del *ponche* en la cabeza. A torrentes caia el agua, y tan gacial que nos hacia tiritar de frio, cuando al acercarnos á nuestro coche *simon* arrojó un grito Carlos, señalándome con el dedo á la mujer verde que hacia nosotros venia.

—Carlos, le dijo con débil y alterada voz, estoy mala, muy mala. Pero, gracias á Dios, he tenido bastantes fuerzas para llegar hasta aquí. Déjame que te vea bien: no me mires con ceño y háblame con dulzura. Mira que voy á morir.

Y al decir estas palabras, cayó desmayada en el suelo, antes que pudiésemos sostenerla. Vivamente conmovidos á tal espectáculo, levantámosla Carlos y yo, y la subimos al coche, donde al menos se hallase al abrigo del turbion, y nuestro primer cuidado fué asegurarnos de que respiraba todavía.

Carlos me dió las señas de la casa de la infeliz, y echamos á andar. Después de veinte mortales minutos de profundo silencio, que solamente interrumpi el sordo ruido de aquella moribunda mujer, llegamos por fin á la puerta. Bajé precipitadamente del coche, llamé mil veces, respondieron al cabo, y por mis males habia mudado de casa. Diéronme las de su nueva vivienda al otro extremo de la poblacion, y desesperado ya porque veia que necesitábamos de pronto socorro, prometí una gratificacion al cochero, y salimos otra vez á galope.

A los pocos minutos, díjome Carlos inclinándose á mi oido: «Apenas siento su respiracion, y ya está helada su mano con que aprieta la mia. ¡Qué ganas tengo de llegar!... —Y un momento después:—¡Pobre mujer, ya murió!»

Con efecto, á cada movimiento del coche, bamboleaba su cabeza, ya hacia mí, ó ya sobre la espalda de Carlos; pero su yerta mano no abandonaba la de mi amigo. Lleno este de susto, y cubierta de sudor su frente, esforzábame en sacudir aquel apretón de muerte; pero el cadáver no soltaba su presa, y parecia que aun le animaba el único pensamiento de su vida.

Mas de un cuarto de hora duró tan horroroso suplicio, y un siglo nos parecia cada minuto. Paró por fin el carruaje, y bajamos la muerta que tenia aun agarrada la mano del casi petrificado Carlos. Así que entramos en la casa, salió una señora anciana.

—«¡Dios mio! exclamó hincándose de rodillas ante el cadáver de su sobrina. Bien me lo habia pronosticado la hija de mis entrañas! ¡Volveré á verle, y no le dejaré ya mas!»

Pocos dias después solicitó Carlos un destino lejos de la corte.

## LAS ESCAVACIONES DE LOS PROPILEOS EN ATENAS.

Los Propileos, la entrada de la Acrópolis de Atenas, han sido descubiertos recientemente por el sabio francés M. Beulé. Entre el Pnix (una plaza situada en el cerro Licabertos, dende el pueblo solia reunirse para deliberar) el Muscion, un sitio fortificado, conducia una larga calle á la Acrópolis, construida en el cerro mas alto y pendiente en que Atenas estaba edificada. Era la primera colonia fundada por Kecrops,

donde se hallaban las producciones mas nobles y sublimes de la arquitectura griega, verbi gratia, el templo de la Artemis (Diana), de Afrodita (Venus), de Atenea (Minerva), y de Erecto (rey de Atenas), el Pandroseion (edificio donde se celebraban las fiestas en honor de Pandrosio), el Hipoleion, el Partenon, el mayor templo de Atenas, que tenia ciento cincuenta varas de largo y sesenta y cinco de ancho, sobresaliendo mucho en altura á todos los edificios de la Acrópolis (el castillo de Atenas), construido de mármol blanco y rodeado de columnas dóricas. En la Acrópolis se celebraban las Panateneas (fiestas solemnes en honor de Minerva), y se conservaban allí los archivos, las joyas de los templos de Atenas y el tesoro público. Además habia aquí la fuente Klepsidra, en la cual subia y bajaba el agua periódicamente. Hasta ahora solo se conocian el Partenon, el templo de Atenea, el Erecteion y el Pandroseion, cuyos edificios, aun en ruinas, manifestaban su magnificencia anterior.

En tiempos recientes se hicieron, por orden del gobierno, las escavaciones de las antigüedades en la Acrópolis bajo una direccion conveniente, en cuya consecuencia se sacaron de los escombros varios edificios, de los cuales no se tenia antes ningun conocimiento. Por la parte Oeste de la Acrópolis conducian á ella los Propileos, un suntuoso edificio construido por Pericles en cinco años. Seis altas columnas dóricas sostenian el edificio principal y su elevado frontis, debajo del cual dos filas de columnas jónicas dividian el espacio en tres salas, que conducian por medio de tres puertas grandes al interior del castillo. Al entrar se hallaba á la izquierda el templo de la Nicea, é inmediatamente á la entrada, las estatuas de Heracles y de las Gracias.

Entre las investigaciones mas modernas son las del sabio francés M. Beulé las que han alcanzado mas resultados. Apenas hace seis meses que la ciudadela que encierra al Partenon no tenia sino una entrada insignificante y toscamente construida, que se habia practicado malamente en una pared lateral. Pero ahora tiene la Acrópolis al pié de los Propileos una entrada grandiosa frente al Pireo y á Salamis. A los arqueólogos debemos reservar el determinar la edad de estas diferentes construcciones, de las cuales la mas moderna alcanza al siglo XVI, antes de Jesucristo; pero los viajeros que han visitado á Atenas antes de las escavaciones de M. Beulé, verán de un golpe de vista cuánto ha ganado ahora la Acrópolis en luz y belleza.

En una muralla levantada por los turcos, que ocultaba á los Propileos, se ha practicado una inmensa brecha y se ha quitado la tierra que cubria los baluartes. La muralla recientemente descubierta se halla construida de mármol blanco y adornada de frisos y cornisas aun bastante bien conservados, aunque han sufrido por el tiempo. Dos torres protegen la entrada por la derecha é izquierda, en cuyo centro se halla una puerta construida segun el estilo dórico, y que se halla en dimension proporcionada á la gran puerta de los Propileos. La grandiosa escalera que conduce hasta la cúspide de la Acrópolis, y cuyos últimos escalones se han vuelto á encontrar, tiene una anchura de setenta piés.

El rey de Grecia ha manifestado ya varias veces su vivo agradecimiento, á que le han obligado estos resultados tan felices. En 18 de abril espresó por la intermediacion del ministro de los Negocios Estrangeros al gobierno francés de nuevo su gratitud, por el apoyo que ha prestado á la conclusion de una obra que servirá para reanimar la gloria de las antigüedades griegas.

Antes de su vuelta á Francia mandó colocar en la entrada nuevamente descubierta de la Acrópolis una gran losa de mármol que contiene la siguiente inscripcion griega: «La Francia ha descubierto la puerta de la Acrópolis, las murallas, las torres y la escalera. Beulé, 1853.»

## GRANDEZA DE ANIMO.

Malek, Visir del Califa Mostadi, acababa de conseguir una victoria de los griegos, haciendo prisionero á su emperador. Habiendo hecho venir á este príncipe á su tienda, le preguntó ¿qué tratamiento esperaba de su vencedor? «Si haceis la guerra como rey, respondió el emperador, enviadme á mi reino, si como mercader vendedme, y si como carniceiro mandadme degollar. El general musulman le concedió el perdón y le envió sin rescate.»

Cuando Soliman, emperador de los turcos, iba á la conquista de Belgrado en 1521, se llegó á hablarle una mujer quejándose amargamente de que mientras dormia, sus soldados la habian hurtado el ganado, que era toda su riqueza. «Preciso es que durmieses muy profundamente», la dijo riendo el emperador, «cuando no sentistes los ladrones». —«Si señor», respondió la mujer, «pero era con la confianza de que V. A. velaba por la seguridad pública». Soliman bastante magnánimo para aprobar esta respuesta, aunque atrevida, reparó del mejor modo un daño que debia haber impedido.

Los emperadores Teodosio, Arcadio y Honorio escribieron á Rufino, prefecto del pretorio: «No queremos que se castigue al que hable mal de nuestras personas ó de nuestro gobierno. Si ha hablado por lijereza, se le debe despreciar, si por locura, compadecerle, y si por injuriar, perdonarle.»

## LAS TRES REINAS.

## CAPÍTULO VIII.

## II.

—Eso es llevar hasta el extremo la insolencia de la fatuidad. Milord, si no me respetais lo bastante para respetar á mi hermana en mi presencia, al menos respetaos á vos mismo.

—No hay fatuidad en decir que su amor me disgusta horriblemente, y que el vuestro es el alma de mi vida.

—¡Y me decis eso cuando vais á casaros con ella!

—¡Yo su esposo, gran Dios! ¡Oh! Nunca, nunca! primero morir mil veces! Isabel ¿quereis creerme? Huyamos de aquí si tardanza: busquemos en pais extranjero ó en un rincón.

(1) Las consideraciones de este artículo son absolutamente aplicables á la ciencia histórica de todos los pueblos, y señaladamente á la de España.

oscuro del reino la felicidad que no puede darnos una corona. ¡Ah! Salvadme de la desgracia, del crimen de unirme á una mujer á la que jamás podré amar!

—¿Si pudiera creer vuestras palabras?  
—¿Cómo! ¿Dudaría de mi sinceridad? Eso sería desesperarme. Hablad, Isabel, os lo ruego. ¿Consentís en huir conmigo esta noche, dentro de una hora, ahora mismo?

—Responderé por ella, contestó una voz, cuyo sonido dejó petrificados á los dos amantes.

Era la voz de María, que levantando la tapicería que ocultaba una puerta secreta, entró en la estancia semejante á una furia.

—No, milord, dijo con ira; no huiré con vos. Miserable! cobarde! os habeis burlado de las dos, pero ya sabeis lo que cuesta el haber provocado el resentimiento de una reina hija de Enrique VIII. Entrad aquí, señor Renard, pues ya que os debo el descubrimiento de la perfidia del conde de Devonshire, justo es tambien que presenciéis su castigo.

Simon Renard se presentó al punto.  
—Señora, no trataré de defenderme, murmuró Courtenay.

—¡Defenderos! No he perdido una palabra de vuestra conversacion con la princesa, pues gracias al señor Renard, he llegado á la pieza inmediata al mismo tiempo que vos aquí.

—Hacer el papel de espía es cosa muy natural en la conducta de un Simon Renard, repuso el conde; pero una reina de Inglaterra...

—Una reina de Inglaterra puede olvidar las conveniencias cuando trata con hombres que la engañan desconociendo las leyes del honor. El señor Renard ha adquirido grandes derechos á mi gratitud. En cuanto á vos, Isabel, me inspirais mas compasion que cólera, pues habeis sido su juguete, lo mismo que yo.

—No reclamo piedad, señora, respondió la princesa con acento firme: en esta circunstancia mas necesito de ella V. M.

—¡Ira de Dios! gritó María: todavía me escarnez! Llamad á mis guardias, señor Renard, pues quiero prender á los dos.

—Señora, dilatad esa medida por ahora, la dijo en voz baja el embajador. Podeis castigar al conde deserrándole de la corte.

—Obedecedme. Una mujer vulgar puede devorar un ultraje; pero yo necesito vengarme. De rodillas, milord Eduardo Courtenay, á quien he hecho conde de Devonshire, y á quien queria hacer rey de Inglaterra! Ahora, entregadme vuestra espada.

—Aquí la teneis, y suplico á V. M. que la sepulte en mi corazon.

—Su falta no es crimen de alta traicion, murmuró el diplomático al oido de la reina, y no podeis hacer mas que deserrarle.

—Mis guardias, mis guardias, señor embajador! mi padre Enrique VIII tampoco tenia autoridad para hacer todo lo que hizo. Pronto mis guardias! y que venga tambien el gobernador Sir Enrique Bedingfeld.

Simon Renard salió á ejecutar sus órdenes.  
—Hará V. M. de mí lo que quiera, dijo Courtenay; pero la ruego que no recaiga sobre la princesa Isabel la responsabilidad de mi falta, pues mi presencia en este sitio le ha causado tanto disgusto.

Indignada la princesa del despótico proceder de su hermana, se apresuró á replicar:

—V. M. sabe que no he buscado este lance; pero tambien es cierto que me he manifestado sensible á los sentimientos del conde. Si pues V. M. juzga conveniente negarle su mano, nada veo que pueda impedirle concederle la mia.

—¿Y tienes valor para pronunciar esas palabras en mi presencia!

—¿Por qué no?  
—¡Oh! No esciteis mas mi cólera, ó por el alma de mi padre, no responderé de vuestra cabeza!

A estas palabras se siguió un profundo silencio, que solo interrumpió la llegada del gobernador con sus hombres de armas.

—Sir Enrique, dijo María, encomiendo á vuestra custodia la princesa Isabel y el conde de Devonshire.

—Apenas puedo creer lo que oigo, señora, respondió el gobernador, y quisiera persuadirme de que estoy soñando.

—No, Sir Enrique, no soñais. Asegurad la persona del conde, y conducido al sitio de la torre que juzgais conveniente. En cuanto á la princesa, que permanezca en sus habitaciones rigurosamente vigilada. Me respondeis de ambos.

—¡Ah señora! exclamó el anciano caballero...

—Toda observacion es inútil: soy inexorable.

—Obedezco, señora; pero no quisiera haber llegado á este dia.

Dicho esto salió con el conde, á quien instaló en su propio alojamiento guardándole todo género de consideraciones.

Isabel se arrojó entonces á los pies de su hermana gritando:

—Perdonad á Courtenay.

—Solo piensa en él, murmuró la reina con ira; no, no tendré piedad.

Y se retiró sin contestar á Isabel, al paso que decía á Simon Renard:

—Quiero vengarme... sí... quiero vengarme.

—V. M. tiene un medio muy fácil de hacerlo, observó el astuto embajador.

—¿Cuál?

—Conceda V. M. su Real mano á Felipe de España. El emperador mi augusto amo desea ardientemente ese himeneo.

—Pensaré en ello.

—Decid mas bien que lo hareis: el príncipe nada tiene que envidiar al conde de Devonshire bajo el punto de vista físico.



Las tres reinas.

—Así me lo han asegurado.  
—Aquí teneis su retrato, y en su poder se halla á estas horas el de V. M.

—Basta, basta: mas matrimonios se llevan á efecto por sentimiento que por amor, y el mio será uno de ellos: me decido por el hijo del emperador, y os ruego que esta noche á las doce vayais á encontrarme á la capilla de san Juan.

Simon Renard no faltó á esta orden, y encontró á la reina en la capilla, acompañada únicamente de su confesor Feckham: el altar estaba completamente iluminado.

María comulgó con religioso fervor, y despues de haber



Las tres reinas.

pronunciado el *Veni Creator*, entregó á Simon Renard un pergamino en que figuraba el gran sello de Inglaterra, diciéndole:

—He firmado esa promesa de dar mi mano á Don Felipe, príncipe de Castilla, hijo del emperador Carlos V, y aquí, en presencia de Dios, comprometo solemnemente mi palabra real de casarme con dicho príncipe.

—Bendiga el cielo esa union, respondió Freckham.  
—Tener presente que este debe ser todavía un secreto aun para mi consejo privado.

—Ofrezco á V. M. la mas absoluta reserva, contestó Simon Renard. Lo que V. M. acaba de hacer colmará de júbilo el corazon del emperador y el de D. Felipe: abrigo, señora, la convicción íntima de que es el mejor partido que podiais haber tomado.

—Tambien yo lo creo, repuso María; pero solo puede saberlo el que dispone segun su voluntad de las cosas de la tierra.

## CAPITULO XI.

En tanto que se realizaban los sucesos que acabamos de referir, permanecía la infortunada Juana Grey en su encierro esperando sin impaciencia el resultado de una causa que se figuraba estarle formando, cuando nada habia determinado sobre el particular la graciosa reina de Inglaterra. Pero los partidarios, ó mejor dicho, los parientes de Juana no se dormian, y tramaban en secreto vasta conspiracion con la esperanza de ceñir otra vez á sus sienes la corona real: por otra parte, habiéndose llegado á entender que María estaba decidida á dar su mano á Felipe de España, cundió el descontento por todas partes, y solo esperaron los conspiradores un momento favorable para lanzarse abiertamente en brazos de la rebelion.

Por fin, el dia 3 de noviembre fué Juana conducida ante el tribunal que debia juzgarla, así como á su esposo y á Cranmer, arzobispo de Cantorbery. Al acercarse á sus jueces, esperimó una emocion violenta al aspecto de lord Guilford Dudley, á quien dirigió una tiernísima mirada. Cranmer fué al punto sentenciado á muerte, y conducido de nuevo á su calabozo. En cuanto á Juana y Dudley, como nada podian negar, tampoco tardaron en oír pronunciar su sentencia; pero Guildford, que habia recibido un mensaje secreto del duque de Suffolk, murmuró estas palabras al oido de su esposa:

—Valor! nada tenemos que temer, pues nuestros jueces ocuparán muy pronto nuestro sitio.

Juana le contestó sin comprenderle:

—Quería veros antes de morir; queria que muriésemos juntos y... voy á conseguirlo.

—No, no iremos al cadalso, Juana; nos sentaremos en el trono.

—¿Cómo!  
Nada mas pudo decir, porque la guardia los separó para llevarlos á sus encierros. Dos horas despues se presentó en el de Juana Sir Enrique Bedingfeld.

—Supongo, le dijo la desgraciada, que venis á decirme que me prepare á morir.

—Al contrario, señora, respondió el gobernador; tengo el placer de anunciaros vuestro indulto.

—¿Con qué condiciones?

—Con ninguna; solo exige la reina que os retiréis de la corte.

—¿Y mi esposo?

—Queda libre como vos, y ambos podeis salir de la Torre cuando lo juzgais conveniente. Ahora mismo se entera lord Guilford de este acto de clemencia de S. M., y estará en vuestra presencia dentro de pocos minutos.

Al escuchar tan inesperada noticia cayó sin conocimiento en los brazos de Sir Enrique.

Cuando llegó á Sion-House, se encontraba todavía en un estado de postracion completa; y aunque el placer de haber recobrado, no solo la seguridad de vivir, sino tambien la libertad, la embargaba, no tardó en apercibirse de que su esposo no participaba, al parecer, de su dicha.

Estaba triste, taciturno, y guardaba con ella cierta reserva incomprensible.

Quiso pues provocar una explicacion decisiva, y le habló en estos términos:

—Observo en vos desde el dia de nuestra libertad, querido Dudley, síntomas de una melancolia creciente. Huís de mi presencia; vuestras miradas evitan las mias, y solo me respondeis con monosílabos. ¿Qué debo pensar?

—¡Odo lo que os parezca mejor, mi adorada Juana, la contestó Guilford sonriéndose y estrechando sus manos: todo lo que os parezca, menos el que yo haya dejado de amaros. ¿Qué queréis? En otro tiempo teniais secretos para mí, y yo deseo tener hoy uno que lo sea para vos.

—Si os pido que me lo comuniquéis, no lo hago por contentar una curiosidad pueril, y solo por vos mismo anhelo saber la pena que os aflige: creo que merezco vuestra confianza...

—¡Oh! Todo lo sabreis... y si me atreviera...

—¡Si os atrevierais!

—Nada os diré, si no jurais solemnemente guardar la mas profunda reserva y contribuir dócilmente á mis miras.

—Dudley, esas condiciones me hacen creer que mis sospechas eran fundadas. ¿Por qué imponerme las? ¿Vais á cometer alguna accion criminal y queréis valeros de mí para el efecto? ¿Por qué teneis mi desobediencia? ¡Oh! Conspirais contra la reina y no ignorais mi modo de pensar...

—Y vos, Juana, no conocéis el mio, si creéis que tengo miedo. ¡Miedo yo!

—Luego confesais que he adivinado!  
 —Y tanto que estoy decidido á derribar á Maria y á colocaros otra vez en el trono.  
 —¿Qué es lo que decís?  
 —Lo que reclaman de mí la justicia y el honor.  
 —Maria es la reina legítima; yo solo era una usurpadora.  
 —Y la defendeis!  
 —Vos tambien debierais hacerlo, porque os ha perdonado.  
 —Nada la debo, pues no he solicitado mi perdón: si me ha indultado, ha sido porque así conviene á su política. ¿Olvidais que ha sido inexorable con mi padre?  
 —Ah! Vuestra empresa abortará, Dudley, porque es inicua y porque no hallará apoyo entre los hombres honrados.  
 —¿Lo creéis así? Seguro estaba yo de vuestra oposición, y por eso no contaba con vos. En fin, Juana, sereis reina á pesar vuestro.  
 —Jamás, jamás: renunciad á ese siniestro proyecto; pues si persistís en él, mucho tendré que violentarme para dejar de prevenir á la reina.  
 —¿Cómo! ¿Perderiais á vuestro esposo!  
 —Quisiera salvarle.  
 —Maldito sea vuestro celo intempestivo! Si os juzgase capaz de semejante traición, pronto os cerraría la boca.  
 —Y si yo os creyese capaz de tan negra perfidia contra una soberana que acaba de concederos la vida, tened entendido que ninguna consideración me detendría, pues con mis revelaciones os evitaría un crimen atroz.  
 —Pues bien, volad: decid á Maria que vuestro esposo y sus hermanos conspiran para arrancar la corona de su frente y colocarla en la vuestra; decidla que vuestros tíos lord Juan y lord Tomás Grey conspiran con ellos, y que vuestro padre, el duque de Suffolk, es el instigador, el alma, el jefe del complot.  
 —Tambien mi padre, Dios n.ío!  
 —Añadid que el conde de Devon, que Sir Tomás Wyat, que Sir Pedro Carew y otros mil, se han ligado á nosotros para rechazar el yugo español que amenaza caer sobre nuestros cuellos. Precipitad pues al abismo á toda vuestra familia, á todos vuestros amigos, y de ese modo tambien entregareis vuestra patria al extranjero, para que la historia os remunere esa proeza con una página de infamia y de baldón á vuestra memoria.  
 —Dudley... Dudley... me inspirais horribles pensamientos!

—No nos hagamos ilusiones: la determinación de Maria respecto á su matrimonio va á hacer estallar la guerra civil en Inglaterra, y los Grey y los Dudley no pueden ser meros espectadores de tan terrible lucha.  
 —Hay mucha verdad en lo que decís; pero nuestra patria no puede salvarse acudiendo á la rebelión. Maria es la reina legítima, y el sublevarnos contra ella es un crimen contra el cielo y un delito de lesa majestad.  
 —Sea ó no sea crimen, nos sublevaremos, y aun cuando perdamos la partida, á esta conspiración seguirá otra, porque todos los verdaderos ingleses son otros tantos descontentos.  
 —Aun cuando triunfeis, no tengo derecho al trono de Inglaterra, pues pertenece á la princesa Isabel.  
 —Anulado el divorcio de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, Isabel es hija ilegítima. En vos sola descansa hoy la esperanza del gran partido inglés.  
 —Milord, si apenas alcanzo á gobernar á mí misma, ¿cómo pretendéis que gobierne á una gran nación?  
 —Ocupareis el trono y me abandonaréis las riendas del gobierno.  
 —Ya se descubren vuestras ambiciosas miras: conspirais en vuestro favor y no en el mio: anhelaís el brillo de la soberanía.  
 —¿Y á qué conduciría el disimulo? Sí; quiero ser rey.  
 —Antes de que eso suceda, volaré á Vitehall, y conocerá su peligro la reina Maria.  
 —Hacedlo, señora: y ahora... separémonos para siempre.  
 Ya conocéis la conjuración, su objeto y los nombres de los conjurados. Descubridlo todo, pero nada conseguireis con ello. Los soldados que vengan á prenderme no me encontrarán; pero oirán muy pronto hablar de Guilford Dudley. No hareis mas que precipitar las cosas. Adios, señora.  
 —Dudley, en nombre de mi amor, en nombre de la fidelidad que debéis á vuestra soberana, renunciad á vuestros proyectos.  
 —Ya sabeis mi determinación, señora: podeis obrar como mejor os plazca. Ahora, retiraos... dejadme.  
 Juana se dirigió con lentitud hácia la puerta, y Dudley desenvainó su espada, pero se contuvo, la envainó, y dijo entre dientes:  
 —¡Oh! No; no se atreverá; que se aleje de aquí.  
 Juana llegó á la puerta, pero allí le faltaron las fuerzas y exclamó:  
 —Dudley... sostenedme, que me muero...  
 Corrió Guilford, la cogió en sus brazos y la dijo:  
 —No podeis hacer traición á vuestro esposo... ¿No es verdad, Juana?  
 —No puedo, no puedo... murmuró la infeliz inclinando la cabeza en el hombro de Guilford.  
 Desde entonces fué Juana Grey la mujer mas desdichada. Odiaba el crimen que se preparaba, pero el delatarlo era llevar al patíbulo á su esposo y á su padre.

(Continuará.)



Las tres reinas.

EL CASTILLO DE LAS VIRGENES.

MARINA.

I.

Una tarde de julio, al ponerse el sol con una magnificencia cual no se habia admirado nunca en la mar, maese Black, capitán de armas á bordo de la corbeta *Claymore*, estaba sentado sobre una carronada de proa contando sus maravillosas



Las tres reinas.

campañas de la India á un grupo de marineros formado en derredor suyo, cuando el grumete puesto de vigia en los palos del juanete, gritó:

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡Montañas de Escocia!  
 Maese Black interrumpió su relación, se enderezó vivamente sobre la carronada, y sacando de su chaqueta con botones dorados un pequeño antejo de larga vista, lo dirigió hácia el punto indicado por el vigia.

—¡Y bien! ¿ha dicho la verdad el grumete? preguntaron á un tiempo los marineros.

—¡Eh! ¡eh! hijos míos, respondió maese Black, hay allá á sotavento como una nube, y podría ser...

—¡Montañas de Escocia! ¡montañas de Escocia! gritó de nuevo el grumete.

—Sí, á fé mia; el chico tiene buenos ojos, repuso el viejo marino; ahí está efectivamente el Pico de los Gigantes como lo llaman nuestros montañeses: mañana estaremos en Edimburgo. Vamos, hijos míos, prosiguió saltando sobre el puente. ¡Un viva en honor de nuestra vieja Escocia!

Mil gritos y aclamaciones de gozo acogieron las palabras de Black, y se vió á la corbeta, cuyas velas, impelidas por el soplo de una brisa ligera, se dibujan en graciosos contornos iluminados por los últimos rayos del día, levantar y bajar su roda, cual si ella tambien quisiese saludar la tierra de la patria.

—Bien pronto la noche entrante principiá á oscurecer la superficie de las aguas. Las aclamaciones cesaron, y el eco no repitió ya: ¡Montañas de Escocia!

Aquellas montañas queridas, cuyos recuerdos acababan de surgir en el alma de los honrados y valientes marineros, habian desaparecido en las tinieblas, y entonces sacaron sus hamacas de los filaretos y descendieron al entrepuente.

II.

Medio recostado en el banco de cuarto, el joven Arturo Macdonald, capitán de la *Claymore*, aspiraba con indolencia el humo del embalsamado tabaco de la Habana. Ninguna parte habia tomado en la alegría comun, pues habituado como estaba á ver en el Océano su única patria, la tierra le entristecia. Era porque al cabo de tres años de ausencia no le aguardaban á la orilla una madre ó una hermana con los brazos abiertos, para que tomase en ellos la vida; porque ningun corazón debia conmoverse con el placer de verle!... era huérfano, estaba solo en el mundo.

Posesor de un gran nombre y de una gran fortuna, lord Macdonald habria podido pretender la mas alta posición social; pero en el poco tiempo que habia vivido en la corte, se habia fatigado pronto de ver sin cesar el vicio dorado en estima, el mérito modesto en olvido, el egoismo con máscara de amistad, la perfidia con apariencias de amor, y habia huido á su bordo, prefiriendo al ruido del mundo lo vago de esa naturaleza misteriosa, en medio de los mares, que eleva y engrandece el pensamiento, ya se aparezca en el murmurio de la brisa, ó bien se revele en los zumbidos de la borrasca.

Arturo veia pues con pena llegar el término de su largo viaje; por lo que no se habia movido de su banco de centinela, desde el que contemplaba en silencio el azulado cielo sembrado de estrellas que reflejadas en las aguas, rodaban con las olas transparentes. Escuchaba con cierta embriaguez el ruido del surco de su linda *Claymore*, cuando á eso de media noche, sorprendido de sentir algunos movimientos irregulares en su marcha, tendió la mano al viento, reflexionó un minuto, volvió la cabeza, y percibió á sus espaldas un monton de nubes sombrías que parecian otros tantos espectros prontos á arrojar sobre la corbeta.

El capitán se levantó y echó mano á su bocina.  
 —¡Todo el mundo sobre el puente! cada uno á su puesto, y velar en todas partes! gritó. Luego, despues de mandar algunas maniobras, se trasladó á la proa del buque.

Al cabo de un cuarto de hora, la oscuridad era tan densa, que solo el hábito guió á los marineros hácia las cuerdas necesarias para la maniobra... El mar mugió, el viento silbó horriblemente: amontonáanse las olas y se reemplazan con increíble rapidez; un ruido sordo, semejante al de una máquina que se descompona, suena á lo lejos, ruge, se acerca traído por las montañas de espuma, y casi al mismo tiempo le sucede una terrible explosión. Es la borrasca que cae á bordo, se aferra al buque, lo sumerge en el abismo para levantarle de nuevo, lo entorna de un lado, lo deja levantarse, lo vuelve á entornar del otro lado, á la manera de un monstruo que se regocija en atormentar su presa antes de devorarla.

En medio de esos furiosos rugidos del huracan, del espantoso chasquido de los mástiles, de las vergas vacilantes, aun domina la voz del capitán.

—¿Están amainadas todas nuestras velas? pregunta al oficial de cuarto.

—No tenemos ya fuera una pulgada de trapo, responde este.

—¿Y se fijan los vientos?

—Siguen saltando del Este al Oeste.

—Sí, añadió un marinero, esos tunantes nos hacen la guerra, y creo, Dios me condene, que han tomado por campo de batalla el puente de la *Claymore*.

—A fé mia, dijo otro, no se ve aquí mas claro que en el ot. o mundo; la borrasca nos zarandea tan lindamente, que apuesto que el mismo diablo no sabe en donde estamos.

—¡Silencio! exclamó Arturo, creyendo distinguir á lo lejos como un resplandor perceptible... De súbito un arco iris de fuego surca el espacio, y del pecho del capitán sale un grito capaz de helar de espanto.

¡El castillo de las Vírgenes! ¡estamos bajo el castillo de las Vírgenes! ¡repetió. ¡El timon al viento! ¡Vuelta del velacho! Listo, hijos míos, listo! ¡no hay que perder un instante!

No bien había acabado, cuando ya estaba obedecido. La corbeta describió un grande arco de círculo cambiando de dirección, y se oyeron claramente á bordo los choques de las olas que silbaban sobre los arrecifes del castillo de las Vírgenes.

Pasado el peligro, el capitán hizo notar á todos sus marineros, por encima del escollo que tan felizmente acababa de evitar, un puntito luminoso semejante á una lámpara suspendida de las bóvedas del cielo. Mientras duró la borrasca, se ocuparon poco de aquella luz milagrosa; pero cuando cesó la lucha de los vientos, cuando se disiparon las tinieblas, y la luna mostró de nuevo su argentada cara, todos se preguntaban si no era una vision, si el prodigio había existido realmente. En cuanto á Arturo, sabía á qué atenerse; había visto con sus propios ojos la faja de fuego, y no podía dudar que hubiese sido encendida sobre la costa por una mano tutelar á la que debía la salvacion la *Claymore* y su tripulacion.

Al despuntar el día, vino á pasar á la vista del castillo de las Vírgenes, delante de aquellas mismas rocas contra las que habían estado todos á punto de perecer, examinó con un anteojo su vieja torre y sus ruinas, pero no habiendo percibido nada que le hiciese adivinar el acontecimiento de la noche, dirigió el rumbo hácia el puerto.

## III.

A las diez de la mañana, la *Claymore* ancló en la rada de Edimburgo. Arturo mandó al punto botar al agua su canoa y descendió á tierra.

Apenas había entrado en su hotel el joven lord, apenas había recibido las felicitaciones de los antiguos criados de su familia, cuando, ardiendo de impaciencia de ir al castillo de las Vírgenes, montó á caballo, y en pocos instantes se halló fuera de la ciudad, en el camino de la vieja morada en donde, según la tradicion escocesa, los Pictas encerraban á sus hijas antes de ir á la guerra. Cuando llegó á un pueblecillo al pié de la montaña coronada por el castillo, echó pié á tierra para tomar algunos informes.

La primera casa que se presentó á su vista estaba situada á la entrada de la calle mayor y habitada por el sastre Hompson, como lo manifestaba á los transeuntes una inmensa muestra que ocupaba por sí sola la mayor parte de la fachada, por lo que penetró en ella sin hacer alto en una joven que estaba trabajando en la entrada de la tienda.

—¿El maestro? dijo.  
—¿Qué desea su señoría? replicó un hombrecillo de rostro alegre. ¿Quiere su señoría una casaca, una chaqueta bordada, una capa? Le serviré tan bien ó quizás mejor que el primer sastre de Edimburgo.

—No lo dudo: pero dígame usted: ¿habita alguno el castillo de las Vírgenes?

—Nadie... ¿Quiere usía permitirme que le tome la medida?

—¿Cómo nadie! Pero las ruinas estan custodiadas; debe haber allí algun conserje, algun anacoreta que sirva la capilla.

—Ah, sí, para eso estamos! Eso era bueno allá en tiempo de los Pictas! Entonces había allí un rebaño de vírgenes, y probablemente un santo pastor que velaba por ellas; pero hoy... voy á mostrar á usía la última casaca que hice para el señor condestable.

—Es inútil!  
—Como usía guste.

—¿Conoce Vd. á alguno que pueda darme noticias precisas sobre el castillo de las Vírgenes?

—Vamos, vamos! exclamó Hompson. Decididamente usía no ha venido aquí á encargar ropa. Pues bien: no hablemos mas de esto, y veamos lo que desea usía.

—Se lo he dicho á Vd.

—Lo sé, lo sé; ¿quiere usía informes sobre el antiguo edificio que se percibe allá en lo alto?

—Precisamente.

—¿Quiere usía que se los dé yo?

—Escucho á Vd.

—Entonces, diré á usía que el castillo no es ya mas que un monton de piedras que los extranjeros no vienen siquiera á visitar; el diablo me lleve si vemos jamás pasar uno por aquí... ¿no es verdad, Ana? añadió el sastre volviéndose hácia la joven obrera, que hizo un signo afirmativo.

Arturo percibió por la primera vez á la joven á quien Hompson dirigía esa pregunta, y su vista se turbó, todo su cuerpo se estremeció, y quedó sobrecogido de sorpresa y admiracion.

—Maestro Hompson, dijo, le felicito á Vd., tiene Vd. ahí una hija que es sin disputa la joven mas linda de los tres reinos.

—Mi hija!... ¡no es mi hija!

—Tanto peor para Vd., á fé mia, porque el padre de ese ángel debe ser un mortal feliz.

—¿Si es que uno es feliz en el otro mundo?

—¿Cómo!

—Sin duda; no tiene padre ni madre; perdone usía, es una huérfana.

—¡Huérfana! exclamó Arturo, ¡Huérfana! ¡Pobre criatura!

Al oír esto, Ana levantó sus ojos rasados de lágrimas sobre el joven lord, como para darle gracias por aquel sentimiento de compasion, y los bajó casi al punto sobre su labor.

—Por lo demás, repuso Hompson, debemos ser justos, es una joven juiciosa, y mientras no falte obra tendrá trabajo en mi casa.

—Entonces, dijo Arturo, vaya Vd. mañana á Edimburgo, y yo le daré á Vd. ocupacion para mucho tiempo.

—¿Y quiere usía decirme su nombre y las señas de su casa?

—Lord Arturo Macdonald: todo el mundo indicará á usted mi hotel.

—¿Lord Macdonald! repitió Hompson algo desconcertado.

—El mismo.

—Y usía, milord, me hace el honor de decirme que se digna...

—Dar á Vd. la parroquia de mi casa... ¿Por ventura no le conviene á Vd.?

—Muy al contrario, milord, eso me conviene tanto que

temo haber comprendido mal. Vamos, mi buena Anita, añadió, trae mi libro de registro y escribe en él en gruesas letras el nombre de su señoría el lord Macdonald.

—Permita Vd. que le evite ese trabajo, dijo Arturo tomando la pluma de las trémulas manos de Ana. Luego, después de fijar algunos instantes sus miradas sobre la interesante joven, escribió su nombre á continuacion de los parroquianos del maestro sastre, y se retiró.

## IV.

Distraido y pensativo, el capitán de la *Claymore* subió lentamente la colina, llegó á la cima, visitó las ruinas del castillo, y sin pensar en ello se halló bien pronto á cien pasos de la tienda del maestro Hompson. Nada había visto en su escursion: la imagen de Ana se había colocado constantemente entre él y los objetos que había ido á examinar.

Aquella mirada tan expresiva de gratitud que le había dirigido por una sola palabra de interés, la había vuelto á hallar en todas partes con su dulzura inefable y su mágico poder. Ahora la veía de nuevo en aquella misma tienda, sentada en el mismo sitio, y Arturo permanecía inmóvil sin cansarse de admirarla. En un movimiento que hizo la joven obrera, le percibió, y como sus ojos se encontrasen con los suyos, se sonrosó, los bajó al punto, y no volvió á levantarlos.

Al caer la noche, Arturo se acordó del motivo que le había conducido al castillo de las Vírgenes, se vituperó su debilidad, indignándose consigo mismo de haber desempeñado tan mal su mision, y resolvió cumplirla el día siguiente sin detenerse en el pueblo de Ana. Para afirmarse mas en ese proyecto, se dirigió á la taberna de las *Tres Ancoras*, seguro de hallar allí á los valientes marineros compañeros de sus viajes que, como él, debían la vida al faro misterioso que se apareciera sobre la costa.

En efecto, estaban reunidos y en compañía de una multitud de sus compatriotas. La materia de su conversacion era precisamente el acontecimiento de la noche precedente, y la llegada del capitán le dió un grado mas alto de interés. Cada uno decia su opinion: el uno lo atribuía á un prodigio en favor de la *Claymore*; el otro decia que era una chispa perdida de electricidad; este pretendía que algunas veces se veía durante las tempestades surgir fuegos de la tierra; aquel, al contrario, pretendía que jamás había sucedido aquello. De suposicion en suposicion, llegaron á los cuentos de fantasmas, de espíritus con cabellos inflamados; é iban quizás á resucitar á todas las vírgenes que en otro tiempo habían habitado el castillo, cuando tomó la palabra un montañés y sostuvo que todas las noches una sílfide, una dama blanca, se paseaba con un fanal en la mano por las almenas de la torre; que la había visto muchas veces, como también otros muchos habitantes de la montaña, y que á no ser por el espanto que á todos inspiraba, se habrían acercado mas. En ese momento entró un viejo patron pescador, cuyo testimonio corroboró la asercion del montañés, pues afirmó que también él, estando pescando á lo largo de las rocas de la costa, había visto una noche, no solo la pequeña luz, sino también el gran vestido blanco de la sílfide.

La campana de la iglesia tocó el *quiete*, y cortando la conversacion, todos aque los honrados hombres se retiraron. Lord Macdonald no los siguió; preocupado su ánimo de lo que había oido, dirigió sus pasos hácia la montaña, y al cabo de dos horas, aquellos mismos que acababan de separarse de él, habrían podido tomarle á su vez por un espectro errante entre las ruinas del castillo de las Vírgenes.

## V.

Después de haber registrado los despojos del antiguo edificio sin descubrir nada, lord Macdonald se sentó sobre un fragmento de roca, desde donde abrazaba el mar en su vasta extension. Allí, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza en las manos y los ojos vueltos sin cesar hácia los arrecifes donde la vispera se habría perdido infaliblemente la *Claymore* sin un socorro providencial, trataba de recordar todo lo que había oido decir del ser fantástico que visitaba todas las noches aquellos lugares abandonados, cuando habiendo llamado su atencion un ruido semejante al roce de un vestido, percibió como una sombra blanca y ligera que se deslizaba á lo largo de los carcomidos muros del antiguo castillo.

Levantarse, y correr tras aquella singular aparicion, fué para Arturo negocio de un segundo. Ya se acercaba, ya distinguía una forma humana que él esperaba alcanzar al pié de una pequeña eminencia que *aquella* había salvado con la rapidez de una flecha, cuando de súbito se desvaneció.

Sorprendido mas allá de toda expresion, aunque seguro de no ser el juguete de una vision, de haber visto distintamente á alguno atravesar aquellas ruinas solitarias, y mas deseoso que nunca de aclarar aquel extraño enigma, el joven se ocultó en uno de los ángulos de una torre que dominaba el mar, y no se movió.

Apenas se hallaba allí, cuando en lo alto de aquella torre se apareció una mujer cubierta con un largo velo blanco. Al principio, la mujer permaneció inanimada como una estatua sobre aquel alto pedestal: luego soltó su cinturón, lo agitó por encima de su cabeza para asegurarse bien de que el viento impelia sus puntas hácia la mar, envió con la mano algunos besos á las olas como diciéndoles adios, y desapareció de nuevo.

Arturo se sobrecogió. Mientras había podido dudar de la exactitud de los hechos contados en la taberna de las *Tres Ancoras*, se había sentido fuerte y animoso; pero una vez se le demostró que no se había exagerado nada, que todo era cierto, flaqueó su resolucion, debilitáronse sus fuerzas, y sintió un espanto tal que se pegó, por decirlo así, contra las paredes de la torre. Bien pronto la mujer velada pasó por su lado, casi rozándole, y él la dejó pasar sin estender el brazo para agarrarla, sin pensar en lanzarse tras ella, limitándose solo á seguirla con la vista.

Sin embargo, la mujer no salió de las ruinas. Vuelta al pié de la eminencia de que hemos hablado, se arrodilló ante una ancha losa y se puso á orar.

Entonces Arturo, avergonzado de su debilidad, dejó su escondrijo, acercóse sin ruido; pero en el momento en que

iba á mostrarse, le detuvo un sentimiento indefinible de temor y respeto... ¡Oh! era porque allí cerca de él no había ya ni gendrados por la supersticiosa imaginacion de los escoceses de la montaña, sino realmente una mujer, una joven y santa cho suavemente agitado, oraba con todo el fervor de un ángel... y Arturo permanecía inmóvil, sin osar apenas respirar, por no turbar su plegaria!

De súbito, la joven levanta la cabeza, aparta su velo, echa hácia atrás sus largos cabellos, y Arturo reconoce... á la obrera del sastre Hompson.

—¡Ana! exclamó.

Pasmada, trémula y sobrecogida, la joven quiere huir.

Arturo la retuvo, diciéndole con un metal de voz que revelaba la emocion de su corazon:

—¡Oh! ¡quédate y no temas nada!

—¡Vos aquí! responde Ana muy asustada aun por la súbita aparicion de Arturo. ¡Vos á estas horas en el castillo de las Vírgenes!

—Me ha conducido aquí el instinto de mi alma, puesto que nos hemos reunido; pero tú, dime, ¿qué motivo tan poderoso puede traerte por la noche á esta soledad?

—Voy á decíroslo, milord, y después tendréis compasion de mí, ¿no es verdad? ¿Me dejareis cumplir sola un deber sagrado?

—¡Un deber! ¿Qué deber, Dios mio!

—El de orar sobre la tumba de mi madre.

—Tu madre está ahí, dices, bajo esa losa!... ¡Oh! ven, ven, y oremos juntos.

—¡Vos, milord! ¡vos de rodillas ante esa tumba! ¡Oh! ¡ahora ya no tengo miedo!

Arturo guardó silencio algunos instantes, á fin de repenirse de su emocion; luego, tomando las manos de la joven obrera y estrechándolas en las suyas, le dijo con el acento del mas tierno interés:

—Escucha, Ana: yo soy uno de esos hombres que tienen una fé profunda en los designios de la Providencia. Si fui esta mañana á casa del maestro Hompson, y si he venido esta noche en medio de estos escombros, es porque Dios ha querido conducirme hácia tí para ser tu protector, tu amigo, tu hermano... ¿tienes tú la misma creencia?

—¡Milord!

—¡Oh, no, tú no la tienes! Si la tuvieses, me habrias confiado ya los secretos de tu corazon, me habrias dicho quién eres.

—El maestro Hompson os lo ha dicho ya, milord: soy huérfana. Una catástrofe espantosa me arrebató el mismo día mi padre y mi madre.

—¡Desventurada criatura! ¡tenemos un destino comun, porque también yo soy huérfano! ¡Oh! habla, te escucho con un corazon para sentir, y ojos para llorar.

—Mi padre, dijo Ana con una voz conmovida, era un capitán armador de Edimburgo. Hace un año, volvía del Cabo trayendo á bordo toda su fortuna; era su primer viaje. Mi madre y yo habíamos venido al castillo de las Vírgenes para tratar de descubrir á lo lejos su buque. Ya le habíamos percibido, ya le hacíamos señales, le mostrábamos el puerto y esperábamos verle entrar... ¡vana esperanza!... Levantóse el viento y le forzó á tomar el largo; sobrevino la noche, y con ella una espantosa tempestad, y á pesar de ello nosotros permanecimos en el castillo esperando ver mas temprano á la mañana siguiente el buque de mi padre... ¡Ay! no volvimos á ver mas que despojos!... ¡Arrojado contra esta costa funesta, en medio de las tinieblas, naufragó!... Mi madre, pálida y demudada, contemplaba con una sonrisa de desesperacion las tablas esparcidas que las olas se llevaban y traian alternativamente, cuando llegó un cadáver á dar contra las rocas... A su vista exhalamos un grito dolorido y caímos de rodillas, con la cara oculta en el pecho una de otra, porque aquel cadáver, milord, era el de mi padre!... Yo, pobre criatura, olvidando el exceso de mi dolor, procuraba consolar á mi madre, diciéndole: ¡Madre mia, mi bondadosa madre, vuelva Vd. en sí!... Levanté su cabeza... y vi su rostro desencajado!... ¡Llévame la mano sobre su corazon... no latía! ¡Madre mia!... ¡Dios mio!... milord, estaba muerta!... ¡muerta en mis brazos!

—¡Y tú, desventurada criatura! ¿qué fué de tí? dijo Arturo, después de un rato de silencio.

—¡Ay! respondió la joven deshecha en llanto. ¡Llamé, grité pidiendo socorro! Y como nadie me respondiese, caí sin conocimiento al lado de mi madre... Solo al cabo de dos días supe del sastre Hompson que había sido trasportada á su casa por algunos paisanos de la montaña que habían enterrado á la que la muerte me arrebatara tan cruelmente!... Aquí es donde reposa, milord; aquí es donde me oyó hacer un voto que tendré valor para cumplir mientras viva; el de venir todas las noches á orar sobre su tumba, y cuando el viento silba, cuando zumba la tempestad, pongo un pequeño fanal en la cima de la torre, á fin de impedir, si es posible, que nuestros infelices marinos se acerquen á los arrecifes.

A estas palabras el capitán de la *Claymore* sintió palparle el corazon fuertemente. Estaba movido á estrechar á Ana en sus brazos llamándola su ángel salvador; pero se retuvo.

—Así ayer, prosiguió la obrera de Hompson, me pareció oír la estela de un buque, y como la noche estaba muy oscura, temiendo que mi fanalito no fuese percibido, quemé mi velo.

—¡Y su ceniza, su ceniza! ¿Dónde está? exclamó Arturo fuera de sí. Se la ha llevado el viento ¿no es verdad?... ¡Y yo la pagaría con toda mi fortuna!... Escucha, joven angelical, cincuenta hombres, honrados todos, deben la vida á tu generoso valor, á tu tierna piedad filial: dí qué cosa de este mundo puede pagar tamaño beneficio; dílo, y es tuyo.

—¡Qué decís! ¡es posible Dios mio! ¡habría yo advertido, con mi velo inflamado, á un buque los peligros de la costa!

—¡Y ese buque que, sin tí, se habría estrellado contra las rocas como el de tu padre, ¡es el mio! ¡los marineros que le montaban son mis marineros, son mi familia! ¿Comprendes ahora por qué he venido esta noche al castillo de las Vírgenes?

—¿Cómo, milord! ¿Sería posible que...?

—Ana, mi fortuna es tuya, dispon de ella... ¿qué quieres, ¿qué deseas?

—Si creéis deberme alguna gratitud, no penseis en mí, milord: hay viudas y huérfanos á quienes la mar lo ha arrebatado todo; buscadlos, haceldes algun bien, y yo seré feliz.

—¿Qué quieres, ¿qué deseas?

—Si creéis deberme alguna gratitud, no penseis en mí, milord: hay viudas y huérfanos á quienes la mar lo ha arrebatado todo; buscadlos, haceldes algun bien, y yo seré feliz.

—¿Conque no podemos buscarlos, y socorrerlos juntos?...  
 —Dí, Ana.  
 —¡Milord!  
 —Hija de marino, ¿rehusarás unir tu suerte á la de un marino que te ama con idolatría, que te suplica de rodillas que aceptes todo lo que tú le has conservado valerosamente?... Ana, sea tuyo mi nombre, mi alma, mi vida!  
 —Vos olvidais, milord, que yo no soy mas que una pobre muchacha.  
 —Tú eres un ángel. Antes de haberte hallado en las ruinas de este castillo, habia yo sacado de tus miradas como una revelacion de la felicidad: te amaba ya. Juzga ahora todo el arrebatado, toda la alegría delirante que he debido experimentar al saber que este amor se dirigia á la que me ha salvado... ¡Ana, yo te amo! ¡Oh! ¡te amo con toda la fuerza de mi alma!  
 —Basta, milord... Yo no puedo ser vuestra.  
 —¿Qué dices?  
 —No, no; es imposible!  
 —¡Imposible! ¡Oh!... tú no me amas!  
 —Hay entre nosotros una barrera insalvable, dijo Ana con una turbacion que en vano trataba de disimular.  
 —¿En nombre del cielo, explícate!  
 —He hecho á la Virgen el voto de consagrar mis dias á preservar de los escollos de esta costa á nuestros desventurados marinos. Este voto me es hoy mas caro, mas sagrado que nunca, puesto que os ha salvado la vida... y no lo violaré jamás.  
 —Ese voto no tiene fuerza ni valor, si tú eres mía.  
 —Pero, para ser vuestra, Arturo, ¿no es necesario hacer tambien un voto al pié de los altares, pronunciar un juramento?  
 —¿Y qué?  
 —Yo no puedo hacerlo sin ser perjura... Pertenezco á la Virgen.  
 —¿Conque quieres desesperarme!  
 —Le pertenezco, amigo mio, por un voto solemne, pronunciado sobre la tumba de mi madre, y del que nadie de este mundo puede eximirme.  
 —¡Escepto yo que te dispensaré desde mañana mismo! exclamó Arturo, como si de súbito hubiese descendido á su alma una inspiracion del cielo. Sí, Ana; si Dios te ha inspirado ese santo pensamiento de consagrar tu vida á los infortunados, arrastrados hácia estos parajes, á mi me ha dado el medio de restituirte la felicidad... Adios pues: hasta mañana!  
 —Pero ¿cuál es vuestro designio?  
 —Mañana lo sabrás... ¡Adios!  
 Y el jóven desapareció.  
 Ana, muy alegre de sentir su corazón palpar de esperanza y amor, pasó el resto de la noche orando sobre la tumba de su madre.

## VI.

El dia siguiente, en el momento en que salia la luna tranquila y silenciosa, el capitán de la *Claymore*, acompañado de su tripulación, se paró delante de la casa del sastre Hompson y llamó á la entrada de la tienda á la jóven obrera que estaba aun trabajando.

—Ana, le dijo, el contrato que nos une está escrito sobre la tumba de tu madre. Ese contrato no anula, antes bien eterniza el tierno voto á que yo y estos honrados hombres debemos nuestra existencia... Ven á leerlo, y juzgarás de él por tí misma.

—Y la jóven obrera, rodeada de todos los marineros de la *Claymore*, se dejó conducir al castillo de las Virgenes, hasta la pequeña eminencia á cuyo pié estaban sepultadas las cenizas de su madre.

Allí se elevaba una inmensa cruz de señales, coronada de un faro que alumbraba toda la costa. A su vista, Ana se prosternó sobre la losa, y con trémula voz leyó la inscripcion siguiente:

Aquí descansa la esposa de un marino infortunado!  
 ¡Quiera Dios que este faro elevado sobre su tumba proteja siempre al navegante contra la tempestad! Tal es el voto de su hija lady Ana Macdonald!

—¡Macdonald... es mi nombre: dijo Arturo. ¿Será preciso borrarlo?

—¡Oh! no, exclamó la jóven tendiéndole la mano. ¡Tuya soy, tuya ahora y siempre!

L. DE L.

## HISTORIA DE LOS ANTIGUOS ABOGADOS.

## DOCTOR LEONARDO PORQUOIS.

## El rapto y el incendio. La reina Isabel de Baviera y el hidalgo de Maulle.

La alianza que acababa de ratificar Carlos VI con el rey de Escocia en 1390, habia sido causa ó pretexto de espléndidas fiestas dadas por el monarca francés en su palacio del Louvre, cuando un crimen, sin ejemplar hasta entonces, distrajó de repente la atencion pública, enfriando el resto de entusiasmo que á los ánimos agitaba todavía.

Habíase establecido en París cierto rico comerciante florentino que tenia tres hijas de extraordinaria hermosura; y la fama de sus encantos, junto con la magnificencia del almacén del padre, lujoso y resplandeciente por sus telas de seda, de brocado, muselinas de la India y de la China, atraía á su casa á todos los mas jóvenes y mas elegantes señores de la corte. Desde la mañana á la noche, la calle de los Lombardos, donde vivía, veíase obstruida de caballos, sillas de mano, hacaneas, pajes, mozos de espuela y lacayos pertenecientes á los curiosos y compradores de elevado rango, atraídos por el esplendor de su comercio. Era entonces muy de buen tono el ir á pasar cotidianamente algunas horas en la sala del rico comerciante, á hablar de las aventuras de la corte, de las noticias del dia y negocios del Estado, entre el hipocrís y el té que daban á beber sus criados en copas de oro.

Entre los mas asíduos que visitaban aquella encantada habitacion, hacíanse notables tres caballeros jóvenes, que por la riqueza y buen gusto de sus trajes, la belleza de su sem-

blante y la distincion de su cuna, habian logrado adquirir cierta popularidad, y eran el conde de Laguy, el marqués de Boisjourdan y el hidalgo de Maulle. Presuntuosos troneras, bizarros é inconsecuentes, estos jóvenes refinados en las modas y placeres, no trataban de ocultar el frenético amor que les habian inspirado las tres hijas del mercader, ni menos la esperanza que concibieran de llevar á buen fin la intriga urdida por ellos á la luz del dia. Abiertamente se habian comprometido ya en varias apuestas aquellos presumidos cortesanos sobre si tendrían buen ó mal éxito sus amos, y el hidalgo de Maulle llevó su indiscrecion hasta apostar 150 escudos de oro que Berenice pondria en su poder en la noche de Navidad de aquel mismo año.

A tales frívolos propósitos, encogíanse de hombros las personas sensatas; divertíanse los calaveras del Louvre y del palacio de San-Pol; pero nadie lo tomaba de otro modo que como asunto de broma.

Sin embargo, vino la noche de Navidad de 1390, y los centinelas de la torre del Louvre tocaron á alarma, respondiendo á su lúgubre llamamiento la campana grande de *Nuestra Señora*, junto con el rebato de la iglesia de los Santos Inocentes y de la casa municipal. Acababa de estallar un terrible incendio en la calle de los Lombardos, y su foco era en la casa misma del florentino mercader.

Despertó sobresaltado el pueblo al ruido del rebato y al grito de las trompas de los vigías. Los habitantes del *Bourg-de-l'Abbé*, del *Euclós del Templo*, los del barrio de *Aréis*, y del de *San Denis* se trasportaron en un momento al sitio de tan desastrosa escena. El *Gran-Castillo* bajó sus puentes levadizos y el rastrillo, y los ciudadanos del barrio de la Universidad, armados de perchas, hachas y escalas, se juntaron con los demás.

Pero todos los esfuerzos fuéron inútiles, aunque dirigidos con intrepidez y concierto: la casa del florentino con todas las preciosidades que encerraba fué presa de las llamas en pocas horas, y á duras penas se pudo preservar de su total ruina el contiguo caserío.

En medio de esta escena de desolacion y terror, veíase al desdichado mercader entregarse á la desesperacion y al llanto, porque las llamas trocaban en cenizas sus tesoros tan laboriosamente acumulados; ni pudo salvar nada de la furia del elemento destructor: ¡hasta de sus tres hijas no le quedaban ya mas que dos! La mas jóven de ellas, Berenice, habia desaparecido á principios del incendio, y varios vecinos afirmaban que un caballero bajo cuya capa en vano quiso disimular su distinguida cuna, se la habia llevado en un caballo desde los primeros arranques del fuego.

Recordaron entonces algunos espectadores la desvergonzada apuesta del hidalgo de Maulle: circuló este rumor entre los agitados grupos; y el pueblo, dispuesto siempre á hincar el diente en los grandes, gritó sin mas razon que el hidalgo habia sido el raptor y el incendiario á la par. Conmovióse el Parlamento, y á la mañana siguiente, por orden del rey, entró el jóven hidalgo en los calabozos de la Conserjería.

Fuertes eran los cargos que pesaban sobre el hidalgo; pero negaba el crimen, y no queria ni podia, á su decir, explicar lo que estaba haciendo en la noche de Navidad. Por otro lado, la suerte de Berenice estaba cubierta de un misterioso velo, y nadie podia penetrar el misterio de aquel doble atentado, tan infamemente puesto en ejecucion.

Pidió abogado el hidalgo, y pasó á ver al doctor Leonardo Porquois, uno de los mas sábios é íntegros del Parlamento de París.

Al aspecto de aquel jóven cuya fisonomía respiraba tanta dulzura y lealtad, no pudo prescindir Leonardo de cierto movimiento de compasion. «Caballero, dijo al hidalgo con quebrantada voz, antes de entrar en materia debo haceros una confesion franca y sincera de mi modo de pensar. La profesion de abogado que ejerzo me manda que preste el apoyo de mis luces y de mi débil talento á los oprimidos y desgraciados; pero no me dice que me encargue de causas que en alma y conciencia juzgue de mala condicion. Decidme pues si sois culpable ó inocente. En el primer caso, me retiro; en el segundo, me tendreis á vuestro lado, y me valdré de todos mis esfuerzos para que triunfe la verdad.»

—¿Vos tambien, señor Porquois, exclamó el hidalgo alzando dolorosamente sus manos hácia las húmedas bóvedas de su calabozo, vos tambien me juzgais reo? ¡Ah! quedaos conmigo, y oid sin temor ni vergüenza la confesion de un hombre cuya alma esta libre de mancha.»

—¡Basta, basta! respondió Porquois. Por diez años de mi vida no hubiera querido hallaros reo de tan cobarde crimen. Contadme pues cuanto haya dado lugar á tan terrible acusacion sin ocultarme nada; porque si el confesor es el médico del alma, el abogado es del espíritu.»

Contó entonces el hidalgo los hechos que podian dar consistencia á la acusacion, y luego con voz serena añadió: «Yo adoraba, es verdad, á Berenice mas que á otra mujer ninguna de la corte, mas que á la reina mi-ma!... Pero nunca me hubiera decidido á cometer un crimen, ni á recurrir al rapto para poseerla.»

—¿Y la apuesta de los 150 escudos de oro?

—Me la propusieron, y la cumplí atolondradamente; pero repito que ni por una cantidad veinte veces mayor hubiera llevado una antorcha incendiaria en la capital del reino: ni menos hubiese deshonrado á una mujer que yo adoraba á los ojos del pueblo y á los míos propios.

—Un medio hay seguro de echar abajo todo el armatoste de la acusacion. Decidme detalladamente lo que estabais haciendo en la noche de Navidad.

Bajó el hidalgo los ojos, y estrechando contra su pecho la mano del abogado: «Aunque hubiese de perder la vida en los mas terribles tormentos, le dijo; aunque viesse quebrar en un cadalso mi blason por la mano infame del verdugo; aunque confiscaran mis bienes y proscribieran á toda mi noble familia, jamás diría una sola palabra de lo que estaba yo haciendo en la funesta noche de Navidad. El honor me manda que calle; pero juro por los Santos Evangelios y por mi alma inmortal, que soy inocente del crimen que se me imputa.»

El acento de verdad del jóven hidalgo, la santidad de sus juramentos, la franqueza que en su frente respiraba, todo llevó la conviccion al alma del abogado; y como este conocióse las sordas intrigas de aquella época, hasta creyó adivinar el verdadero motivo del silencio de su cliente.

—No insisto mas le dijo, y tomo vuestra defensa. Confíad en Dios que yo trataré de salvaros.

Leonardo Porquois reunia á su gran talento de juriscónsulto el mas profundo conocimiento del corazón humano, y fácilmente pudo colegir que el misterio con que rodeaba sus acciones el hidalgo durante la noche de Navidad era el eje ó mas bien el núcleo de la causa. Tratóbase pues tan solo de penetrar aquellas misteriosas tinieblas, llevar á ellas la investigadora antorcha del filósofo y del juez, y devolver al estado y á la sociedad un hombre nacido para defenderla y servirla.

Pasó el abogado á casa del arruinado mercader: «¿Teniais algun enemigo?» le dijo.

—Siempre procuré no tenerlos, respondió el florentino; pero no seria extraño que me hubiera atraído alguno el esplendor de mis negocios y la nombradía de mi tienda.

—Entre los que traficaban con iguales mercancías que vos ¿ha habido alguno que se haya visto obligado á renunciar á su industria á consecuencia de los numerosos parroquianos que en vuestra casa compraban?

(Se continuará.)

## EL INVALIDO DE GREENWICH (1).

Quando la Inglaterra poseía una inmensa estension de tierras en la América Septentrional, y habia dictado las condiciones de la paz á las potencias rivales suyas, no dejándolas apenas una pulgada de terreno en aquella parte del Nuevo-Mundo; en esta misma época, digo, en que las riberas de la Clidia bañaban con sus aguas las embarcaciones cargadas con las riquezas de Virginia, llegó mi padre á Grinock, pequeña villa situada en la parte oriental de Escocia; y como poseía una rara habilidad en su oficio de marinero para hallar colocacion, ¡tenia donde escoger entre la multitud de buques fondeados en el puerto.

Mi padre era un buen compañero; siempre que volvia de algun viaje, mi madre y yo esperábamos la mas viva alegría: nos traía muy ricas y hermosas telas, y su bolsa llena de oro; entonces solo nos ocupaba la dicha y el contento. Para celebrar su llegada buscábamos mas de una botella de la mejor cerveza del distrito. ¡Qué tiempo tan feliz! Siempre veía á mi padre con su bolsillo en la mano gastar alegremente su dinero: así era que los dias se pasaban con tanta rapidez como un remolino de polvo en un dia de verano; y cuando mi madre le reprendía con dulzura su prodigalidad, tenía costumbre de decir que no era propio de su oficio acumular riquezas, y que el buen marino se daba á conocer por lo gastador.

Entonces se callaba mi madre: ella era hermosa y graciosa ¡pobre madre mia! A la verdad, segun creo, debia pertenecer á una familia muy superior al vulgo; pues hablaba un inglés muy puro y con mucha perfeccion, cuando en Grinock solo se conocia el mas feo dialecto del mundo. Ah! así debia ser; solo que yo no puedo decir cuál era su condicion y el pueblo de su nacimiento, pues cuando dejó de existir apenas contaba yo cuatro años; mas á pesar de todo me acuerdo de ella; tenia el porte y maneras de una bella señora; su cara era fresca y graciosa, su voz agradable y dulce. Fué enterrada en el cementerio de Grinock; me acuerdo muy bien que la acompañé al campo santo; porque mi padre estaba en el mar, y cuando sus inanimados restos descendieron á su último asilo, yo lloraba y no queria separarme del lado de su tumba.

Sin embargo, al anochecer me llevaron á mi casa; llamé á mi madre y derramé abundantes lágrimas. Un corazón tierno, aunque agobiado por la adversidad, vuelve fácilmente á su fuerza y energía primitiva: así es que mis lágrimas cesaron; olvidé á mi madre que tanto me quería, y hasta á mí mismo padre que no volví á ver mas, porque la embarcacion se estrelló contra las rocas de la bahía de Glenluce: la impetuosidad del viento rompió el palo mayor, y mi padre asido del capitán fué arrebatado por una furiosa ola que chocó en el buque y le arrojó á la inmensidad del Océano.

Me quedé pues huérfano y abandonado á la generosidad de mis vecinos. Una viuda llamada la vieja Juana, que solía visitar muchas veces á mi madre, me dió un asilo en su humilde habitacion: esta era una mujer que aunque sin ninguna instrucción, le oí decir muchas veces: «Aquel que se ha tomado el trabajo de echarle al mundo, sabrá satisfacer tus necesidades.»

Recogido en casa de Juana, única de ganapanes que habia en toda la calle, me gané su afecto hasta tal punto que cuando me retiraba al crepúsculo de la tarde, hora en que mi abuela, como solía llamarla, ya no podia hilar, me decia sonriéndose y llenándose la cara de besos, que yo solo era el que dulcificaba la copa de su vida, que Dios habia llenado de amargura.»

Quando llegué á la edad de ocho años, mi buena vieja me mandó á la escuela, mediante cinco cuartos semanales; recuerdo muy bien esta última circunstancia, porque la pobre viuda no tenia mas que dos cuartos y medio para pagar al maestro, por lo que no quiso recibirme: me fui llorando á suplicar á los vecinos para que me ayudasen, y todos ellos se hicieron sordos á mis súplicas. Por último, una señora caritativa que supo nuestra miseria se interesó por nosotros, y se obligó á pagar semanalmente los otros dos cuartos y medio á mi maestro de escuela, ¡qué contenta se puso la abuela! Aun me acuerdo que con sus ojos bañados en dulces lágrimas me estrechó tiernamente en sus brazos, diciéndome: «¿qué sería de los pobres si no hubiese un Dios en el cielo!»

Cumplí la edad de doce años: mi abuela y yo experimentá-bamos las mas crueles privaciones; sin embargo, el capitán Cross, que hacia el comercio de tabaco de Virginia, me propuso que me fuera de paje de escoba de su embarcacion; poco los preparativos de su viaje debian durar algunos meses. Pocos

(1) Greenwich es un cuartel de inválidos ó asilo nacional, destinado á los marinos ancianos, enfermos ó mutilados en el servicio público. Este establecimiento, cuya primera piedra fué colocada en 1696, se halla situado en la orilla oriental del Támesis, á unas cinco millas de Londres. Apenas se concluyó fuéron recibidos en él 42 marinos; pero después se han hecho mejoras considerables y dado mas estension al edificio, y hoy dia contiene mas de 3000 pensionados.

días antes de la marcha murió Juana en mis brazos, dejándome solo en el mundo, y la única herencia que me legó fué una Biblia.

Me marché con el capitán Cross, y no hay cosa mas lisonjera para un pobre huérfano que el destino de paje de un gran buque, sobre todo si se porta bien y sabe ganarse el afecto de la tripulación.

En poco tiempo aprendí toda la instrucción de un buen marinero; me hice notable por mi destreza y actividad, y mi celo me valió mas de un elogio del capitán. Serví muy poco tiempo en la marina mercante, pues cuando llegamos á Portsmouth se había dado orden para alistar á todos los marinos que hubiesen cumplido la edad competente. Uno de nuestros compañeros, llamado Robin, que hacia un año se había casado, y venia de ver á su mujer, se iba á ver obligado á abandonarla y alejarse de Inglaterra en un buque de la Real Armada. Compadeciéndome de su situación, quise favorecerle, y me alisté voluntario en su lugar, aunque no contase aun los diez y ocho años.

Me embarqué en el cutter el *Salvaje*, que estaba armado en corso: al momento supieron á bordo el sacrificio de mi libertad que acababa de hacer en obsequio de un compañero; los oficiales me daban sus manos y me felicitaban, y hasta el mismo capitán me dijo tales cosas que me envanecian, é inmediatamente me nombró contramaestre. Los marineros que estaban á mis órdenes se manifestaron contentos de mis adelantos, porque toda la tripulación sabia que yo ocupaba sin interés alguno la plaza de Robin.

Esta fué mi primera promoción; todos los jefes me aseguraron que yo no permanecería mucho tiempo en ella, pues aunque joven, era alto, vigoroso, vigilante, lleno de resolución, y mis dos manos dispuestas á trabajar.

Algun tiempo después nuestro cutter recibió orden para cesar en el crucero y seguir la escuadra que el almirante Nelson conducía hácia las Islas Canarias. Nuestra alegría llegó á su colmo al ver que cesaba la monotonía del crucero, y la noticia de la partida se recibió con el mayor entusiasmo y placer por toda la tripulación. Trataron de apoderarse de dos galeones que se habían refugiado en el puerto de Santa Cruz; cuya expedición exaltó tanto la imaginación de los marineros aunque tuvo un resultado muy desgraciado.

Cuando la escuadra estuvo enfrente de las baterías del puerto, nos arrojamos con embarcaciones ligeras, que protegidas por la oscuridad de la noche ocultaron nuestra manobra, y efectuamos el desembarco sin ruido. El mismo Nelson se dirigió con una lancha á fuerza de remo hácia la ribera; empero mas de cuarenta bocas de cañon que guarnecian las baterías del fuerte vomitaban la muerte sobre nosotros: era imposible avanzar, pues los fuegos que se cruzaban nos cortaron el paso.

No podría describir las sensaciones que esperimé en aquel momento; hubo entre nosotros un poco de irresolución, como quiera que un gran número de mis compañeros cayeron muertos á nuestros pies, y al intrépido almirante mismo le fracturó una bala el brazo derecho en el momento en que desvainaba su espada. Se dió la orden para que nos volviésemos á embarcar, y me sentí bastante herido de una bala que me alcanzó. Mis compañeros me ayudaron á subir á una lancha; se hizo la retirada con mucho orden, y aquel mismo día me amputaron el brazo mas arriba del codo.

La pérdida de este miembro desvaneció de un solo golpe mis sueños de ambición y gloria. Muchas veces reflexionaba por qué habria querido la providencia castigarme con tanta severidad: entonces recordaba que el rey mandó edificar el Greenwich para los que quedaban inválidos en su servicio; pero era demasiado joven para creerme digno de ser admitido en dicho establecimiento.

Mis compañeros, que no podían menos de notar mi desconsuelo cuando yo fijaba mis ojos en el muñon de mi brazo, hacian cuanto podian para volverme mi antiguo buen humor, diciéndome que habían conocido un gran número de oficiales que como yo habían perdido un miembro, y que, sin embargo, continuaron sirviendo al rey, é hicieron su carrera; añadían que con tal que un marino cumpliera con su deber, le era imposible al mismo primer lord de la tesorería detener sus ascensos, y con muchísima mas razón á un simple secretario de estado. Cuando me encontré casi restablecido empecé á cobrar valor; y aunque no pude ya figurar en los registros del navío como un hombre valido, puesto que habia perdido mi brazo de babor, ninguno de la tripulación se atrevería á decir que me prestó

su asistencia para desempeñar mis funciones. Mi actividad y celo no eran menos notables que antes, porque los buenos marinos son hombres robustos y fuertes; son como la madera de encina, difíciles de abatir.

Se pasaron algunos años: mi posición no cambió, y fué olvidada la pérdida de mi brazo, y mis pensamientos de fortuna y de ambición acaloraban mas que nunca mi imaginación, cuando nos mandaron salir de Portsmouth é ir á buscar á los buques franceses. Al poco tiempo nos pusimos á la vela

Remamos con fuerza; y aunque el corsario era muy velero, logramos aproximarnos á él; nos hizo fuego; despreciamos su descarga, y nos dirigamos en derechura para alcanzarle; el enemigo hizo otra descarga, y mi mano derecha cortada por una bala fué á parar en medio de la chalupa. El corsario cayó en nuestro poder, y yo quedé privado de ambas manos: aquella era la voluntad de Dios, y la mía no me la habían consultado. Miraba yo tristemente mi brazo derecho mutilado, y mis vestidos cubiertos con sangre, que brotaba de mi herida: apenas contaba entonces veintidos años, por lo que suplicaba á Dios que mi cabeza fuese llevada primero que mi único brazo, pues no comprendo qué utilidad pueda prestar el hombre que necesita las manos de sus compañeros para mover el remo de su barquilla.

Debo abreviar mi narración, y por lo tanto me limitaré á decir que fui trasportado á bordo del cutter, y al verme rodeado de los oficiales y de la marinería, me quedé admirado de que tanta gente me conociera en el mundo, y del interés que todos me manifestaban. El capitán fué á visitarme; pero no estaba en sentido de poderme consolar; la esperanza no podía ya brillar á mis ojos, aunque él me habló de Greenwich y me aseguró que encontraría un asilo en este famoso hospital. Me veía sin manos, desamparado é inutilizado para siempre como el viejo casco de un navío que se deja podrir en la playa.

Debilitado por la mucha sangre que perdí, estendido sin poderme mover en una hamaca, me pregunté á mí mismo derramando copiosas lágrimas, con qué objeto habia yo venido al mundo, y recordé las palabras de mi abuela, que me daba en chanza el título de almirante; mas ella descansa para siempre en el cementerio de Grinock, y en este concepto recibe aun algun consuelo, pues si viviera tendria el dolor de verme en tan deplorable estado.

Luego que terminamos nuestro crucero, fondeamos en la rada de Spithead, y al siguiente día me mandaron bajar á tierra: estaba yo sentado en el sobre-

puente con el corazón partido, derramando abundantes lágrimas, abismado en las mas tristes reflexiones: la brillante primavera de mi vida me parecia un sueño; entonces recordé con qué majestad salió del puerto nuestro valiente cutter no hacía muchos años para ir á la victoria. Entusiasmado por estos recuerdos, olvidé por un momento que mi brazo izquierdo estaba mutilado, y quise coger el puño que creí encontrar de mi mano derecha, mas la mano y el puño habían desaparecido para siempre. El muñon de mi brazo, golpeando mi pecho, disipó mis sueños y me volvió á representar mi horrorosa situación. Mis ojos lloraban; levanté el brazo para enjuagarlos; pero el muñon era demasiado corto, y las lágrimas corrian con mas abundancia, y mi dolor no tenia límites.

Cuando llegó el momento que me llevaron al bote que debía conducirme á tierra, pues yo estaba incapaz de hacer el menor movimiento, sentí en lo mas horrible de mi posición un movimiento de orgullo, un fuego que muchas veces abrasó mi pecho, y me despedí de mis compañeros, que me rodeaban con mas resolución y alegría que la que pudieran esperar; mas este era el último esfuerzo del valor; y cuando uno de mis amigos por un movimiento involuntario me alargó la mano como para apretar la mía, mis ojos fijados tristemente en él se llenaron de lágrimas, y volví la cara para ocultar las agonías que despedazaban mi corazón.

El bote estaba ya preparado; el féretro no baja con tanta tristeza y luto á la tumba, como bajó mi cuerpo á la frágil barquilla. Todos los asistentes guardaban un profundo silencio, y vi algunos que lloraban. Hice un esfuerzo en mi abatida energía, y probé á cantar la canción entonces nueva del pobre *Jaimé*, mientras que el botecillo hacia fuerza de remo para llegar á tierra; pero mi voz estaba apagada.

Estos pensamientos son demasiado tristes, y no quiero detenerme mas en ellos; debo añadir que entré en Greenwich hace muchísimo tiempo, cuando apenas tenia veintidos años cumplidos. Ahora soy un pobre anciano, obligado á servirme de mis compañeros para que me abran la Biblia y vuelvan las hojas, hasta que llegue la muerte que es muy lenta. El día que le plazca venir, ella será la bien venida, y á la verdad yo partiré sin disgusto, pues solo sirvo de estorbo en la tierra, y muchas veces tengo la desgracia de pecar, diciendo para mí que la Providencia (que me perdone) no debia haberme inspirado tanto ardor, impetuosidad y resolución para mandarme sin brazos y á la edad de veintidos años á un cuartel de inválidos.



Ana Macdonald.

con un viento favorable que secundaba nuestra impaciencia, y al momento descubrimos las costas enemigas.

No tardamos mucho en divisar un pequeño corsario que trató de huir á nuestra presencia; nuestro cutter estaba á una distancia muy corta, y era imposible que se escapara. Echaron una chalupa al agua para apoderarnos del buque enemigo, y el ofic al de guardia, viéndome dispuesto á mandar esta pequeña expedición, me dió diez hombres para que me acompañasen.

